La mujer abandonada

D J C B

Montevideo, 1876

Legajo 5º Nº 26

LA MUJER ABANDONADA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

POR

J. C. B.ustamante



MONTEVIDEO
370—Imprenta de La Tribuna, calle 25 de Mayo, 124
1876

LA MUJER

ABANDONADA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

POR

J. C. B.

D. J. C. Bustamante (?)



MONTEVIDEO
370—Imprenta de La Tribuna, calle 25 de Mayo, 124
1876

PERSONAJES

DON RAMON, padre de
FLORA, hermana de
CARLOS
MILORD WILLIAMS, esposo de
CLARA
ENRIQUE, prometido de Flora
ANA, ama de llaves de D. Ramon
JUAN, sirviente de Clara
MAGDALENA, sirvienta de Clara
Convidados, mayordomo, sirvientes, etc.
Mayordomo

La escena tiene lugar en una Capital de la América del Sud, en 1859.

Un Criado
Criado 1.°
Id. 2.°
Convidado 1.°
Convidado 2.°

DEDICATORIA

A su amigo M. A. y L.; recuerdo de 1863.

El Autor.

LA MUJER

ABANDONADA

ACTO PRIMERO

Sala de lujo, á la antigua. A la izquierda y derecha puertas que conducen á las piezas interiores. Al frente entrada y en segundo término galería. En el centro de la sala, mesa con recado de escribir. A los costados del frente el retrato de D. Ramon y otro retrato de mujer.

ESCENA 1.ª

FLORA SENTADA, ANA DE PIÉ À SU LADO

Flora—Tu has sido, Ana, mi única compañera desde mi infancia, en este mundo desierto para mi, sin pasado y sin presente y lo que es peor sin porvenir. ¡Cuan triste es á mi edad ver marchitar esa bella flor de la esperanza que con tanto esmero se cultiva en los juveniles años! ¡Ay, Ana! si yo tuviera una madre! Solo los que la han perdido pueden valorar lo que es una madre!

Ana—Así es el mundo, señorita Flora; se conoce la falta del bien cuando se pierde! Pero ¿y vuestro padre?

Flora—¡Mi padre! El con su mejor deseo solo piensa en amarme como se puede amar á una hija nacida casi

de la casualidad y en amontonar peso sobre peso para labrar mi dicha *(con espresion)* del modo único que la entienden muchos padres, sin pensar que ellos tambien fueron hijos.

Ana—¿Y vuestro hermano?

Flora—¡Mi hermano! Tú conoces á Cárlos; jóven frívolo sin esperiencia y hasta sin apego á su familia, aunque de escelente corazon, para él, no ofrece la vida otros encantos que aquellos que recoje en medio de una sociedad en la que mas que por su propio mérito es admitido por el que le presta un nombre heredado y la fortuna que heredará mas tarde.

Ana—De cualquier manera, señorita, los consejos de un padre son siempre los mejores; seguidlos pues y obedecedle, y si os perdeis, que sea al menos alcanzando su bendicion. Nada hay mas terrible en el mundo que la maldicion de un padre!! El, quiere casaros con D. Enrique porque crée que así conviene á vuestra suerte y á su felicidad!!.... nada teneis que oponer...

Flora—Nada! ...... cuando yo no amo á Enrique; cuando mi corazon....

Ana—Si; cuando vuestro corazon late por otro ¿no es eso?

Flora—¿Cómo? ...¿tú sabes?—¿quien te ha dicho...?

Ana—Señorita, á mis años raras veces hay necesidad de decir ciertas cosas; generalmente se adivinan. . .hasta lo que no existe, porque se suponen.

Flora—Dime Ana, ¿tú sabes que yo estimo á Milord Williams?

Ana, (aparte)—¡Inocente! *(alto)* Yo no sé si vos estimais ó amais á Milord Williams...no sé si Milord Williams os ama; lo que sé es que él no debe amaros porque no es libre aunque viva separado, y que vos no podeis tampoco amarlo sin mengua de vuestro decoro.

Flora—¡Ana! ¡Ana! tus reticencias me abruman. Dime

¿has podido descubrir algo en mi....en él.... que te haya revelado....?

Ana—Señorita, no me hagais preguntas á las que no me es posible responder. ¿Creeis por ventura que á una doméstica que ha vivido veinte y siete años en vuestra casa se le puedan ni siquiera ocultar los pensamientos de los que dentro de ella moran?

Flora—Y dime ¿crées tú que mi padre....?

Ana—Vuestro padre, lo habeis dicho antes, no piensa mas que en vuestra dicha y podeís estar segura de que ni siquiera supone......

Flora—Tú me ~~confortas~~, Ana; si papá llegase á suponer ......Oh! yo me moriría de dolor, de vergüenza.

Ana—No basta, señorita, que vuestro padre lo ignore.

Flora—Nadie tampoco tiene el mas mínimo motivo. Yo ignoro si Milord Williams me ama:—jamás me lo ha dicho, nunca me lo ha demostrado y él mismo vive en igual duda respecto de mí.

Ana—A vuestra edad, tambien se adivina, señorita; el lenguaje de los ojos, ventanas del alma, es mas elocuente que la palabra salida de los lábios; y ya que habeis leido ó adivinado, borrad de vuestro corazon esa imájen....

Flora—Ay! Ana! Con el corazon no se razona. He luchado con él, y no he podido vencer esa inclinacion á la que no puedo llamar pasion, porque mi conciencia está pura como el primer beso que me dió mi madre, á quien no conocí. Milord Williams es un caballero.

Ana—¿Habeis tenido ocasion, señorita, de conocer que Milord Williams es un caballero?

Flora—¿Qué quieres decir, Ana? ¿Qué pensamiento....? ¿Qué duda oculta ~~columbre~~ en tus preguntas investigadoras que me hacen estremecer?

Ana—Señorita, no deis mala intencion á mis palabras ni á mis preguntas tan sinceras como las del beato padre franciscano con quien me confieso todos los

jueves, y os garanto que es un padre de confesion que jamás pregunta sino lo que quiere saber.

ESCENA 2ª

LAS MISMAS, Y DON RAMON

D. Ramon—Veamos, ¿y cómo lo ha pasado la princesita?

Flora—Bien papá, ¿y tú?

D. Ramon—¿Yo? bien, hija mia: perfectamente, sino fuera por este maldito reumatismo y la tos y la jaqueca.... pero en fin vamos tirando, vamos tirando. ¿Y que tal te ha parecido el aderezito que te mandé? ¿eh? Me parece que estarás contenta?

Flora—Sí, papá.

D. Ramon (imitándola.) Si papá. . . .lo dices con una tibieza! cuando yo quisiera verte alegre, pensando en la hora de tu enlace. . . . . . . !

(Flora suspira.)

Don Ramon—Y suspiras! ¿por ventura te entristece pensar en que serás esposa de Enrique? ¿Lloras? ¿Y á qué vienen ahora esos zumiqueos? ¿No habíamos convenido en que hoy quedaria resuelto el dia de la boda? *(dirigiéndose á Ana)* Y mire Vd. que no quiero que falte nada para que sea una fiesta completa.

Flora—Completa !

Don Ramon—Ea, Señora Ana; á arreglar y preparar todo lo que he ordenado. Quiero que la fiesta sea espléndida, dígna del motivo. Bagatela! nada menos que el enlace de la Señorita Princesa. Gran baile á toda orquesta, gran banquete. *(Ana sale y al marchar la detiene D. Ramon.)* Cuide Vd. que haya trufas en abundancia, eh?

Ana (saliendo)—Está bien, Señor. (*Ap.*) ¡Pobrecita!

Flora—Papá, tú sabes cuanto te amo; sabes que soy capaz de hacer todo por obedecerte; el sacrificio de

mi existencia seria nada para corresponder á tu cariño, pero por lo mismo que tan grande influencia ejerces sobre mi ánimo, sobre mi corazon y sobre mi persona, supuesto que mi destino depende de tu voluntad, no seas tú, papá, no, el que me haga desgraciada.

Don Ramon—Pero señor ¿qué cambio es este tan repentino? ¿Cómo has podido variar desde anoche? *(Ap)* Bien dicen que no hay peor consejero para las mujeres que la almohada.

Flora—Papá, tú sabes que yo no amo á Enrique... ¿pero puedes siquiera asegurarme que él me ama? Yo mismo no lo sé, ni deseo saberlo.

D. Ramon—Pues señor, estamos frescos: despues de haber hecho ya todos los arreglos; despues de estar todo listo; y el notario que debe llegar ahora no mas... ¡y lo que se ha gastado! Buff!!!

Flora—¿Qué importa todo eso cuando se trata de sacrificar ó hacer feliz á tu hija?

D. Ramon—Sacrificio!.... Háganme Vds. el favor de oir esto. Yo preguntaria qué muchacha diria otro tanto tratándose de casarla. Pero, hija mia, ¿no habiamos quedado convenidos en que la boda se efectuaria el dia que hoy se acordase?

Flora—Si, es cierto, papá; pero yo he variado de opinion—sobre todo necesito tiempo para pensarlo.

D. Ramon—Para pensarlo ! Esas cosas no hay que pensarlas mucho. (*Aparte*) Si así fuera, mi Eleuteria [Q. D. G.] habria muerto con palma y yo viviria quizás ahora mismo soltero. (*Alto*) Sobre todo Flora; tú sabes que este enlace tiene un orígen con el que no es posible romper. La disposicion del padre de Enrique fué solemne y terminante al morir: « Ven, Enrique, le dijo; esta es mi voluntad y quiero que se cumpla. Hé aqui al que será tu padre, agregó señalándome á mi: desde la hora de mi fallecimiento lo reconocerás por tal; y tú, me dijo, serás el fiel ejecutor. »

Flora—Sí, papá; pero si el buen padre de Enrique quiso disponer de la voluntad de su hijo ¿podía por ventura disponer de la mia?

D. Ramon—Magnífico . . . . . ! ¿y si reconoces que el padre de Enrique podia imponer su voluntad al hijo, como lo prueba su hijo obediente, por qué no haces tú la mía?

Flora—Papá ¿Enrique te ha pedido mi mano?

D. Ramon—El no me la ha pedido; yo se la he ofrecido y él no parece rehusarla.

Flora—No es eso lo que me ha dicho Carlos.

Don Ramon—Eh! tu hermáno es un atrabiliario, un métome en todo, un obstáculo á todo lo bueno—y ya me tiene hasta aquí.—Mejor haria en observar una conducta mas regular y no entregarse á esa vida de disipaciones que lleva. Ya no se puede aguantar á este muchacho con sus enormes gastos y sin ninguna ocupacion si no es la de trastornarlo todo, pasando su tiempo en jaranas, amoríos y francachelas. Este muchacho es una locomotora sin rieles.

Flora—Pero no negueis que tiene excelente corazon.

Don Ramon—Si, eso sí; tiene buen corazon y ya es algo; qué si no . . . . Mira,—hija, vé adentro que ya conversaremos. Déjame echarle un buen sermon á tu hermano. (*Ap.*) Ahí viene él; se le conoce por los tacos y por el cantito.

ESCENA 3.ª

DON RAMON, CÀRLOS

(Se siente cantar á Cárlos quien entra en escena con desparpajo)

Cárlos—Bon jour, papá.

Don Ramon—Yá! como el idioma español es tan escaso de frases, tenemos que hacer uso de las del extranjero. Mira, me haces acordar á aquel D. Aga-

pito, á quien su padre mandó á Paris á aprender el francés y cuando volvió no podia hacerse comprender ni en francés ni en español.

Cárlos—Pues es la moda.

Don Ramon — Y diga V. caballerito: ¿es de moda tambien el que un hijo de familia pase tres noches seguidas sin dormir en su casa?

Cárlos—Papá; yo no sé si será de moda, pero lo que te aseguro es que hoy la generalidad de los hijos de familia hacen otro tanto.

D. Ramon—Vd., señor mio, lo que es, es un gran calavera.

Carlos—La urbanidad, y este es un precepto de alta moral, impone el deber de no desmentir á los mayores, y seguir el ejemplo que ellos nos han dado.

D. Ramon—Precepto moral es tambien ser buen hijo; y Vd. no lo es;—precepto moral es ser medido en sus hábitos, y Vd. nada de medido tiene.

Carlos—¿Y que queja tienes de mi?

Don Ramon—Muchas!

Cárlos—¿Muchas?

Don Ramon—Sí, señor—no hay uno que no me hable de lo que por ahí pasa con V. en escándalos amorosos y. . . . .

Cárlos—Papá; puede que con razon me reprendas á veces, pero no todo lo que te dicen es verdad ni dicho con santa intencion. De lo que te cuentan, una centésima parte es verdad; lo demás es. . . . .

Don Ramon—¿Falso? ¿eh?

Cárlos—Hay multitud de viejos, contemporáneos tuyos, que no tienen mas ocupacion sino fisgonear lo que hacemos los jóvenes y repetirlo en el café donde se reunen, censurando aquello mismo que ellos cometieron en su juventud—y algo peor acaso—su única mision no es la de indisponer á los padres con los hijos, pues cuando nada tienen que decir de nosotros se sacan ellos mismos entre sí la tira de pellejo.

Don Ramon—Dime, ¿te han dicho algo de mí?

Cárlos—Nada, papá; nada, pero si alguno se hubiera atrevido á hablarme de tí, á revelarme secretos que un hijo no tiene jamás el derecho de saber pero siempre el deber de callar si llega á sus oidos, bien hubiera pagado por los dos su indiscrecion.

Don Ramon—(Ap.) Este muchacho tiene tanto corazon como yo.

Cárlos—Yo digo como mi tocayo Cárlos V: « Cuando veo un viejo severo, intolerante por demás con los pocos años, me digo para mi conciencia que ha de haber sido tambien indulgente por demas consigo propio.»

D. Ramon—*(Aparte)* Me ha tapado. *(Alto)* Bueno, todo está muy bueno. *(Aparte)* Peor es meneallo. *(Alto)* ¿Pero á que vienes á poner obstáculos á mis planes en el asunto de la boda de tu hermana, despues de haber puesto yo en juego toda mi habilidad diplomática?

Cárlos—Yo tengo corazon y no quiero ver á mi hermana sacrificada.

D. Ramon—Dále Juana con el canastillo. *(Aparte)* Vaya un martirio ese para el cual habria dispuestas millares de víctimas!

Cárlos—Papá, Flora no ama á Enrique.

D. Ramon—Pero Enrique ama á Flora y ella al fin pagará ese amor.

Cárlos—Papá, tu crees que el amor es como las letras de comercio ó los vales de plaza, que si no se pagan, se protestan y despues se ejecutan. Ese enlace es imposible.

D. Ramon—Qué imposible ni que ocho cuartos.... Semejante palabra no debe existir en nuestro diccionario. Cárlos: tú eres exajerado para todo—yo he hablado con Flora en este momento y no la veo del todo obstinada. Mira, hijo mio; yo sé que tú me quieres, que idolatras á tu hermana....

Cárlos—Eso sí, papá. (*lo abraza*) *(Aparte)* Si yo pudie-

ra sacarle 500 pesos que me hacen muchísima faltá....

D. Ramon—Cárlos, Carlitos, ¿me ayudarás?

Cárlos—Imposible!

D. Ramon—Te he dicho que no hay nada imposible despues de lo que vemos. ¿Me ayudarás?

Cárlos—Lo pensaré.

Don Ramon—No hay que pensarlo.

Cárlos—Tú sabes papá, que no se puede abrir campaña sin recursos. ¿Me das 500 pesos?

Don Ramon (*ap*)—Arre! es el tercer empujon que me da en el mes que corre y estamos á 20.... Pero. . (*alto*) Pero ¿me vas á ayudar?

Cárlos—En fin. . . . . . .

Don Ramon—Convenido. Toma (*Le dá el dinero.*)

Cárlos—Dudo que haya un padre que tenga términos mas convincentes que tú, papá.

Dan Ramon—Cárlos, hijo mio: no desoigas mis consejos.

Cárlos—Descuida.

Don Ramon—Bueno, ahora, á ver á tu hermana que está aquí en este aposento. Entra y háblala. Yo voy à escribir á Milord Williams sobre otro asuntito.

Cárlos—(*Ap.*) Milord Williams! el marido de la amada de Enrique el prometido de mi hermana.

(*Don Ramon se sienta á escribir, mientras Cárlos cuenta el dinero en el lado opuesto.*)

Cárlos—Quinientos! bueno. . . . . 50 á Federico, que me ganó anoche al mus en el Club. . . . . 80 al sastre, á cuenta, suman 130; 120 al peluquero, 250; 60 á Hipólito, que me prestó: son 310; 190 me quedan para estraordinarios. Pero que diablos! . . . . Mejor será echarlo todo á estraordinarios que si consigo que esto se arregle, pero á gusto de Flora, ... entonces por la parte mas baja me dá el viejo....mil pesos. Diremos ahora como dicen nuestros generales: « á abrir nuevas operaciones!» Vamos á ver á Flora.

ESCENA 4ª

D. RAMON, UN CRIADO, DESPUES MILORD WILLIAMS

(*D. Ramon cierra la carta y toca la campanilla; aparece un criado*).

D. Ramon—Esta carta á Milord Williams.

Criado – Milord aguarda en la antesala.

D. Ramon—Hombre que entre inmediatamente (*Aparte*) Hablando del rey de Roma.... (*Entra Milord Williams*)

D. Ramon —Milord.

Milord—Sr. D. Ramon....

D. Ramon—Escribia á Vd. y le enviaba esta cartita, entérese Vd.

Milord—(*Se sienta tomando la carta*) Gracias. Mandará Vd. aquí dentro la cuenta de giros hechos por Mrs. Williams en el corriente mes y segun mi órden.

D. Ramon—En efecto, aunque no es cosa que apure.

Milord—No obstante, se venció ayer el mes y por eso venia pareciéndome escesivo el tiempo que ha corrido despues del vencimiento.

D. Ramon—(*Aparte*) Estos ingleses son puntuales como un reloj de sol. (*Alto*) Calle Vd. Milord; ¿á que esa molestia? (*Pausa*) Y....podremos esperar una reconciliacion feliz con Mrs. Williams. Aunque parezca á Vd. indiscreta la pregunta?

Milord—Sr. D. Ramon, ninguna pregunta puede parecerme indiscreta en Vd. el amigo á quien he confiado el íntimo y mas sagrado secreto, causa de mi separacion con Mrs. Williams, si bien reservé á Vd. nombres propios que á nada conducia saberlos tampoco. Sin embargo, nuestra amistad le autoriza á todo, y una reconciliacion, sino imposible, me parece inoportuna aun. Hay ciertas cosas, Sr. D. Ramon, que como las frutas es preciso dejarlas madurar, y aun maduras y todo son

nocivas á veces. La causa de nuestra separacion con Clara no es de aquellas que tienen su razon de ser en una sospecha. . . .yo no soy ningun Otelo, pero aun no siéndolo, respecto de esas materias de honra, yo pienso como César. Dejemos, pues, al tiempo y al destino, lo que es de ellos, conformándonos con lo que sucede, que es generalmente lo mejor. Entretanto, Sr. D. Ramon que Mrs. Williams de nada carezca, que nada eche de menos. Es preciso que la mujer (*con inteneion*) de Milord Williams conserve siempre su posicion, mientras el reloj de mi sobremesa esté parado en la hora fatal de las 10.

D. Ramon—¿Cómo quiere Vd. que su esposa. . . .?

Milord—(*Interrumpiendo.*) Mi mujer.

D. Ramon—Bien ¿cómo quiere Vd. que Mrs. Williams no eche de menos á su lado su ausencia, desde que le falta esa dulce compaña, la del esposo, esa luz benéfica que ilumina el hogar doméstico aun en medio de las mas crueles borrascas?

Milord—(*Levantándose*) Sr. D. Ramon; tiene Vd. un escelente corazon. Vd. es de esos hombres que si tuvieran en sus manos todos los resortes del Universo, acomodarian las cosas de tal manera que la humanidad viviría satisfechísima. Y sin embargo, Vd., mi amigo, no es Dios; y ya ve con Dios mismo como anda el mundo. Veamos ahora á cuanto ascienden los giros de Mrs. Williams. . . . (*abre la carta*) 650 $. . . . . .poca cosa. Mrs. Williams ha bajado mucho su presupuesto. (*examina*) Permitame, Sr. D. Ramon: se ha padecido una equivocacion.

D. Ramon—¿Si? puede ser. ¿De consideracion?

Milord—Bastante.—Un peso.

D. Ramon—Es una bagatela.

Milord—Es que se ha equivocado Vd. en su favor.

D. Ramon—Perdon, entonces; déme Vd. para enmendar (*enmienda*) eh! ya está.

Milord—Debe Vd. comprender que si el error fuera viceversa lo mismo hubiera advertido.

D. Ramon—Lo creo (*aparte*). Un dia me hizo hacer un nuevo balance de tres meses por diferencia de 4 centésimos.

Milord—Hablemos de su familia ahora.

D. Ramon—A propósito. ¿Sabe Vd. que pienso casar á Flora?

Milord—Excelente idea! esa es la única y la mejor carrera de la mujer, si es feliz; si la eleccion es buena....

D. Ramon—Supongo que la aprobará Vd. Pienso casarla con D. Enrique de Wilson; casamiento brillante.

Milord—(*Movimiento lijero de sorpresa.*) Participo de su dicha, Sr. D. Ramon.

D. Ramon—Cuanto me alegro que le agrade; le aseguro que su opinion me hace ganar la mitad de la jornada. Cuento con su apoyo....

Milord—¡Con mi apoyo!

D. Ramon—Le diré á V. Flora no está del todo decidida; tiene sus escrúpulos, pasajeros sí, de mujer.

Milord—¿Y V. quiere que yo le ayude? (*Ap.*) Rara pretension!

D. Ramon—Oh! su concurso de V. Milord seria eficaz.

Milord—(*Ap*) ¡Que ideas me vienen! (*Alto*) Bien, podeis contar con mi cooperacion. No puedo ofreceros nada que no tenga la seguridad de poder cumplir....Hablaré á vuestra hija....la aconsejaré. Pero, dígame V. Sr. D. Ramon, el Sr. Enrique Wilson ama á Flora?

D. Ramon—Uff!!! con delirio, supóngase V. que esa fué la voluntad de su padre....

Milord—Ah!!! entonces....basta.

D. Ramon—Y en presencia mia.

Milord—Manos á la obra, pues.

D. Ramon—Que favor tan grande me vá V. á hacer, Milord. Se lo agradeceré toda la vida, pero hable

V. con Flora, convénzala V. (*sale llamando*) Flora, Flora!

Milord Williams solo—
Este D. Ramon es lo que puede llamarse en toda la estension de la palabra, un buen hombre; pero no pasa de ser bueno. Enrique casarse con Flora....! Yo amo á Flora: jamás se lo he dicho en mi vida... jamás se lo he demostrado....... No! (*pausa*). Pero Clara amaba á Enrique..... Oh! lo sé fatalmente... Enrique tambien la amó... luego la ha olvidado. Y la miserable morirá de despecho.... Ah! venganza, venganza, en valde te he buscado desde hace tiempo! ......sacrifíquese mi amor por Flora ahogado aquí en el pecho y sucumba la infiel! Ah! Mrs. Williams, Mrs. Williams! si el despecho y el abandono producen en vuestro corazon el mas agudo de los dolores, poco faltará para que el reloj de mi sobre-mesa marque otra hora que aquella fatal de las diez.

ESCENA 5ª

FLORA, MILORD

Milord—Señorita, su padre de Vd. me ha dado la feliz nueva de su próximo enlace y yo la felicito, tomando tambien la parte de satisfaccion que me corresponde en tanta dicha.

Flora—Milord, agradezco tan nobles sentimientos y los comprendo.

Milord—No es estraño que los comprenda Vd., he sido tan feliz en mis relaciones con esta familia, que creo haber sido siempre comprendido.

Flora—(*Ap.*) Cada una de sus palabras es un dardo que me parte el corazon. (*Alto*) Quisiera, Milord, hacer á Vd. partícipe de mi dicha, pero la mia es tan poca que apenas me quedaria parte que ofrecerle.

Milord—Cualquiera que ella sea la acepto y si no al-

canzase me bastaria con que al menos conserve Vd. un recuerdo mio.

Flora—¡Un recuerdo!

Milord—Sí, y que él la acompañe toda la vida. Yo tambien quiero ofrecerle un regalo en vísperas de su boda, porque Vd., señorita Flora, cumplirá la voluntad de su padre, ¿no es verdad?

Flora—(*Turbada*) ¿Cuál es esa voluntad, Milord?

Milord—Su padre acaba de manifestarme su resolucion de casarla.

Flora—¿Y Vd. que le ha dicho?

Milord—Que habia de decirle....! Mas, me he comprometido á aconsejarla y á obtener de sus lábios el sí que Vd. le ha negado.

Flora—(*Ap.*) Dios mio! era necesario que el sacrificio fuera mayor aun.

Milord—Espero que no me dejará Vd. mal para con su papá. ¿Acepta Vd?

Flora—Sí!

Milord—¿Sin condiciones?

Flora—Como Vd. lo ordene, Milord.

Milord—(*Ap.*) Es un angel! (*Alto*) Bien, este anillo, Flora, fué puesto en mi mano en el momento mismo de separarme del lado de mi madre: hace 21 años; yo tenia entonces 19. « No te separes de él me dijo, sino cuando al pisar de nuevo las playas británicas, me lo devuelvas. » Eso es ya imposible, Flora: yo no puedo cumplir la promesa hecha á mi madre ya muerta. Colóquelo Vd. en su dedo que, algun dia quizás, son tales los cambios de la vida y de las cosas, que pueda reconocerla por esa prenda de sacrosanto recuerdo para mí y acaso de arcano porvenir para los dos. (*Se lo coloca*)

Flora—Milord, yo os....

Milord—No prosiga Vd.; adivino la palabra que vá á brotar de sus lábios; palabra que haria estremecer mi conciencia y hasta arrebatar mi vida al umbral de la muerte.

Flora—Milord, Milord!

Milord—Separe Vd....No, por piedad! no prosiga: esa palabra mataria el candor de esos virginales lábios y marchitaria mi esperanza. Guárdela Vd. en lo mas profundo del alma. Mire Vd., aquella es la imájen de su madre, Flora.

Flora—Ay! (*Cae desfallecida.*)

Milord—(*Ap.*) Un gentleman puede faltar á todas las consideraciones sociales, pero jamás á los deberes de la lealtad y del honor.

(*D. Ramon se presenta por la puerta del centro; Flora queda sentada y Milord Williams aproximándose á Flora le dice alto.*) Señorita Flora, mañana se llamará Vd. Flora Wilson?

Flora—Sí, Milord.

Milord—Sr. D. Ramon: ahí tiene Vd. á su hija convertida.

D. Ramon—(*Ap.*) Aunque me descomulgue el Obispo, he de decir que este inglés es un ángel.

Milord—Y ordene Vd.; ~~mañana~~ parto. Adios.

Flora—Adios, Milord.

D. Ramon—¿Pero, desde cuando ha hecho Vd. esa resolucion?

Milord—Desde hace cinco minutos. Adios, D. Ramon. (*mirando á Flora*) (*Ap.*) Adios esperanza desvanecida!

D. Ramon—(*Mirando hácia la puerta.*) No lo entiendo.

(*Al salir Milord Williams entra Enrique y en marcha ambos se saludan secamente con un lijero movimiento de cabeza.*)

D. Ramon—(*Mientras Enrique saluda á Flora*) (*Ap.*) No me esplico porque esta frialdad entre Milord Williams y mi yerno....

ESCENA 6ª

D. RAMON Y ENRIQUE

Enrique—Mi querido Sr. D. Ramon....

D. Ramon—No; llámame desde hoy, padre. ¿No es verdad, Flora?

Flora—Sí, papá.

Enrique—Bien, papá tambien, como Flora.

D. Ramon—Ajajá ... Y dime ¿ya estas preparado?

Enrique—¿Cómo preparado? Quién es el hombre que de antemano no está preparado para estos lances?

D. Ramon—No me entiendes: te hablo en sentido figurado, vamos: espiritualmente; es decir te has confesado? ¿has...?

Enrique—No tal, pero he adquirido una papeleta de confesion mediante un pequeño servicio (*hace con los dedos*) que hice á un cura, amigo mio, y.....

D. Ramon (*santiguándose*) Oh tiempo de progreso...... industrial! Bueno, palomitos, á arrullarse un poquito antes de preparar el nido—Os dejo solos: Adios mi alma; adios mi corazon.

Enrique—Este hombre es un santo.

ESCENA 7ª

ENRIQUE Y FLORA

Enrique—Tu padre te habrá dicho todo?

Flora—Si, Enrique.

Enrique—Que yo he aceptado tu mano.

Flora—Verdad, Enrique—un sacrificio para tí ¿no es verdad?

Enrique—¿Y para tí, Adela?....Enmudeces!

Flora—No, Enrique cumple á mi deber ser clara y sincera contigo, como no lo he sido hasta aquí. Tú amas á otra mujer.

Enrique—No lo sé ya. Hace cuatro dias acaso te hubie-

ra contestado terminantemente. Pero, dime, por ventura, ¿amas á otro hombre?

Flora—Enrique, las puertas de mi corazon le están herméticamente cerradas á esa pasion. Desde el momento en que te prometí mi mano, mi deber será....amarte.

Enrique—Me contentaré, Flora, con que me respetes, y es lo que infiero ibas á decir. En cuanto á mí, te juro que he de respetarte tambien. Tu padre, haciéndose ejecutor de la voluntad del mio, quiere este enlace (es casi un matrimonio de Estádo); mi madre, que tantos sacrificios ha hecho por mi, me lo exije, me lo impone—Bien, Flora, casémonos aunque no estemos enamorados—acaso se produzca entre nosotros ese fenómeno algo frecuente en la vida: empezaremos respetándonos; quizás concluyamos amándonos. Otros empiezan por amarse entrañablemente y acaban....Ay! si se respetasen al menos!

Flora—Tu franqueza empieza á interesarme, Enrique.

Enrique—Es ya algo; somos jóvenes, Flora, y hay mucho tiempo que cruzar. Ve ahora al lado de tupadre y no le hagas resistencia alguna. Adios, Flora.

Flora—Enrique, adios.

ESCENA 8ª

ENRIQUE SOLO, SENTADO Y PENSATIVO

Héme aquí en una situacion violenta, comprometedora. A pesar de todo, es necesario que triunfe la razon sobre los sentimientos. ¿Cuáles son mis deberes? Los que contraje para con mi padre en momentos de su agonía; ahora para con mi madre, con un pié en el sepulcro; para con mis protectores, para la sociedad misma. ¿Qué haria yo, qué valdria en medio de esa sociedad tan exijente, ocu-

pando siempre el ~~rol~~ papel falso que tengo hoy manteniendo estas ilícitas relaciones con Mrs. Williams, con esa Clara, sér á quien adoré, á quien amé mas tarde, á quien.....considero y estimo hoy? Me encuentro, pues, en una de esas crísis en que es imposible ~~es~~ dar una idea de ellas si no se esperimentan, pero de la cual pueden plantearse los términos de una manera esencialmente matemática [*pausa*] Flora no me ama; yo tampoco la amo; pero su union me da fortuna, posicion, prestigio en la sociedad; y yo tengo aspiraciones y sin fortuna en esta época material del *ciento por ciento* no se consigue lo que antes por el valor ó el mérito. Sí, tengo ambiciones y el estado de casado contribuye algo á formar el hombre de Estado. Yo puedo llegar á ser ministro, presidente ¿no lo han sido tantos otros? y el hombre que no tiene hogar, familia; que no ha aprendido á gobernar su casa, mal puede meterse á gobernar la de todos *(pausa)*. Las exijencias de mi madre, por otra parte, son terribles, terminantes. Por último, ¿en que puede pender mi felicidad si continúo manteniendo estas relaciones con Clara?—De un capricho, ¡vaya un apoyo fuerte en manos de una mujer! ¿Y si ella me deja mañana? ¿Si se une de nuevo con Milord Williams y me abandona?....Eh! tarde ó temprano ¿por qué no ha de serme infiel? ¿No lo fué ya antes con su marido?....Estoy decidido. Me caso.

ESCENA 9ª

ENRIQUE, CÁRLOS

Cárlos—Mi querido Enrique.
Enrique—Hermano.
Cárlos—Ola! ¿te has decidido, eh?
Enrique—Tu padre y tu hermana te lo dirán todo.
Cárlos—¿Y la otra?

Enrique—¿Cuál otra?
Cárlos—Vaya, hombre. La....pues.
Enrique—¿La pues? no conozco ninguna mujer de ese nombre.
Cárlos—*(Le dice algo en secreto).*
Enrique—Heee!....!
Cárlos—Bueno, hombre, bueno—queda vacante. Ahora entraré yo.
Enrique—Cuidado, Cárlos, como te ~~pronuncias~~ espresas respecto de esa mujer, delante de mí!
Cárlos—Hombre, no te enfades—creí que me la deja~~ses~~ras en el testamento.
Enrique—¿Te burlas, Cárlos? Mira que no te admito bromas tan pesadas.
Cárlos—Pero, ven acá, alcornoque : ¿no te vas á casar?
Enrique—Sí.
Cárlos—¿Y el hombre que se casa no hace algo mas que morirse, que suicidarse?
Enrique—Eres un loco.
Cárlos—Locos son los que se casan.
Enrique—Y tú al fin te has de casar.
Cárlos—Vá! si lo quisiera ya lo estaria. Figúrate que mi padre se ha empeñado en casar á todo el mundo, despues de haberse casado él, como tú sabes, cuatro veces.
Enrique—Sí ; lo sé y lo felicito.
Cárlos—Pero yo...nada, nada y nada. ~~Tieso~~ siempre, firme
Enrique—Pues mira, ya es tiempo que te dobles por que vas á entrar en los 34 y eres algo maduro para no sentar la cabeza.
Cárlos—No, 34....no; tengo....tengo.....33 y medio. Pero, volviendo á lo de antes, ¿es cosa resuelta el enlace, eh?
Enrique—No hay que hablar : resignado. Altos deberes sociales lo exijen.
Cárlos—Bien, puesto que lo haces, hay que hacer entender al viejo que te has decidido por mí.
Enrique—Por tí, no ; por tu hermana.

Cárlos—No, hombre; por mi infiuencia, quise decir.

Enrique—Bien, vá; así lo haré. (*Vase.*)

Cárlos—Pues señor, esto marcha. Enrique se casa con mi hermana, y la otra....queda vacante...¡Qué alegria! El viejo se traga que he sido yo el verdadero factor de este enlace, me larga lo menos 2,000 duros que van á sonar mas que las campanas de la Catedral en dia de gloria. Vamos, pues, á abrir una nueva campaña y pueda yo decir al fin como César: *Vini, vidi, vici.*

ESCENA 10ª

CÁRLOS, DON RAMON

D. Ramon—Ola, ola, que contento estás.

Cárlos—Papá, triunfamos.

D. Ramon—Sí?

Cárlos— En toda la línea

D. Ramon—¿Hablaste con tu hermana?

Cárlos - Sí, señor. *(Ap.)* Mentira!

D. Ramon—¿Y con él?

Cárlos—Tambien. *(Ap.)* Otra mentira!

D. Ramon—¿No habrá alguna vacilacion á [última hora como sucedió ayer?

Cárlos—Nada; Enrique ha ido á aprontar todas sus cosas *(tomando un aire grave).* Pero te aseguro que me ha costado obtener la victoria.

D. Ramon—¿Sí?

Cárlos—[redacted] empezé por desarrollar toda esa diplomacia que he aprendido de ti.

D. Ramon—*(Se restrega las manos).*

Cárlos—Resistió. Le puse un *ultimatum*, y nada—le intimé y rompí las hostilidades. Al fin cedió, esponiéndome antes los motivos que tuvo para hacer resistencia al enlace.

D. Ramon—Nimiedades.

Cárlos—Por último, dijo: «He dado mi palabra á tu

padre y la cumpliré. Me arrepiento de haberle faltado ya una vez.»

D. Ramon—Dame un abrazo.

Cárlos—Dos papá.

D. Ramon—Hemos triunfado!

Cárlos—Si, gracias á mí.

D. Ramon—Ahora es necesario que te cases tú.

Cárlos—Cuando tú quieras papá. (*Ap.*) Con tal que lluevan los grullos.

D. Ramon—Un calavera es un mal elemento social; pero tambien es cierto que una tempestad suele contribuir para una buena cosecha. Vamos, Cárlos.

(*Cárlos y D. Ramon salen por el frente del brazo. Cárlos canta «Allons enfants de la Patrie» de la Marsellesa—Cae el telon.*)

———

ACTO SEGUNDO

Sala elegantemente puesta ; entrada al frente y costados. A la izquierda del actor una mesa con libros y un ramo de flores.

ESCENA 1.ª

JUAN Y MAGDALENA

(Juan sacudiendo los muebles)

Juan—Que todo esté pronto y arreglado para así que venga la señora.

Magdalena—¿Y qué horas son, señor Juan?

Juan—(*Ap.*) Siempre la pregunta aquella. *(Alto.)* ¿No ves ahí *(señalando el cuarto inmediato)* en el reloj la hora que es?

Magdalena—Sí, bonito anda el tal reloj. Siempre en las 10, hace mas de un año; como el reloj de Pam- plona, que apunta y no da la hora. Bastantes ve- ces te he dicho que debes darle cuerda y arre- glarlo.

Juan—Pues yo tedigo que no le daré cuerda, ni lo arreglaré.

Magdalena—¿Aunque lo mande la señora?

Juan—Sí, aunque ella lo mande; aunque lo mande el gobierno. Mientras no lo mande Milord Williams. ¡Cuándo será ese tardido dia!

Magdalena—¿Quién?

Juan—Nadie.

Magdalena—Vaya un misterio!

Juan—Que no debes penetrar tú, bachillera.

Magdalena—Con que bachillera ¿eh? en cuanto veng la señora le voy á decir que te haga dar cuerd al reloj.

Juan—Y no me lo ordenará. Guárdate bien. Oy

Magdalena, ven acá: la curiosidad pierde á las mujeres.

Magdalena—Sí, pues los hombres no son menos curiosos; y sino, tú que cada vez que me acuesto te vas á verme por el ojo de la cerradura de la puerta.

Juan—Calla, indiscreta, que no lo hago con mala intencion, sinó con muy buenos fines.

Magdalena—Pues vaya una inocencia la tuya....

Juan—Mira, vé y arregla todo por allá dentro; cuida que cuando venga la señora no tenga que echarnos algun sermon, y no te ocupes para mas del reloj ni de la hora que apunta.

ESCENA 2.ª

JUAN, SOLO

Efectivamente, á mí me preocupa tambien el que ese reloj no empieze á andar. Desde hace justamente hoy 2 años apunta las 10...¡hora fatal, fatal para Milord Williams, para la señora Clara, para mí, que desde entonces tengo la consigna de tener parado el reloj. Era de noche y.....sin embargo....no llovia....Ah, la señora!

(Entra Clara.)

ESCENA 3ª

CLARA Y JUAN

Clara—Vino alguien, señor Juan?

Juan—Nadie, señora, pero han traido este ramo para usted.

Clara—Precioso *(lo aspira, lo contempla)*. Ah! *(Ap.)* ¿un billete?

Juan—*(Ap.)* Todavia y siempre billetitos y ramos. Mal modo de que el reloj vuelva á andar.

Clara—*(Llamando)*. Magdalena, toma ~~la gorra~~ el sombrero y el chal *(abre el billete, Magdalena sale)*.

Juan—*(Ap.)* Está visto; no hay compostura.

Clara—*(Lee.)* « Te envio ese ramo. Pasaré á verte á las cuatro.

«*E*. [Enrique]

« 12 de Setiembre. »

(Vuelve á leer.)

Qué laconismo! ni una de las dulces palabras con que empieza siempre sus cartas—no—ni adorada mia; ni mi gazela; luz de mis ojos; estrella de mi existencia... *(Clara se sienta, deja caer el billete sobre la mesa, contempla las flores, las aspira.)* Preciosas flores! ¿viviréis vosotras acaso mas que el amor de quien os envia? Pero, esta fecha—12 de Setiembre! ¡Dios mio, qué recuerdo! Ah! allí está la hora: las 10 de la noche! *(Cae en el sillon.)* *(Pausa.)* Aquel recuerdo me mata y sin embargo, yo no sé qué influencia ejerció Enrique sobre mi alma, que hasta llegué á enorgullecerme de su amor. Ah! nuestro corazon es tan susceptible á la emulacion;—somos tan egoistas las mujeres que cedemos todo; honor, fortuna, gloria, si la tuviéramos, en rehenes de nuestro caprichoso deseo! Parece, efectivamente, para nosotras que la gloria del crimen que cometemos hiciese borrar nuestro propio rubor—La lucha fué grande, terrible. Enrique era orgulloso....querido, anhelado de otras, pudo despreciarme....sobre todo, en las circunstancias en que yo me encontraba colocada por la fuerza de una situacion violenta, en la que si no permanecí fiel á mi posicion, al menos no me creo digna de merecer la maldicion de todos. Mártir de las circunstancias por mi casamiento, he sido víctima de los hombres por mi amor. Sin embargo, nadie me impuso un sacrificio: fui yo quien me resigné á él y es este mi mayor delito. He roto ¡ay! pasando toda valla, los lazos del matrimonio; es un delito, un crimen, será cuanto se quiera, pero pára mí todo ese cúmulo de latidos de la conciencia equivalen á una muerte lenta.

¡Bien castigada estoy!.... Si yo hubiera sido madre, acaso hubiese obtenido fuerzas para soportar el suplicio de un enlace que por mis circunstancias yo mismo me habia impuesto—A los 20 años las mujeres, y sobre todo las que se encuentran como yo entonces, sin amparo y sin consejo, no sabemos lo que hacemos *(pausa)*—Los que no me conocen pueden condenarme; sin embargo, me estimarán los que de cerca sepan mi vida. Entre tanto, lanzada al abismo, creo no haber llegado ál fondo. Ah! pero si Enrique me abandonase en mi situacion....!—Pero no, no es posible que él á quien he sacrificado mi honra, mi posision, mi corazon, todo, sea capaz de olvidarme y dejarme dos veces abandonada. *(Llora.)* ¿No soy hermosa como antes? *(Mírase al espejo.)* ¿No soy amorosa, tierna para con él? ¿No cedo en todo á sus caprichos, cuanto puede ceder una mujer que no es la propia?—¿No soy su esclava? Pero no;....no.... no, Enrique me ama; estas flores; este billete... *(Con desfallecimiento.)* Ay, Clara! – no te dejes arrastrar por las seducciones del corazon.

Juan—*(Anunciando.)* El Sr. D. Ramon de Contreras.

Clara—Que entre, que entre, inmediatamente.

ESCENA 4.ª

DON RAMON, CLARA Y JUAN

D. Ramon—Mi queridísima, estimadísima y estimabilísima señora Clara.

Clara—Sr. D. Ramon, muy buen dia; cuanto placer esperimento al ver á Vd. ¿La familia buena?

D. Ramon—A Dios gracias, todos comen de la misma olla *(á Juan)* ¿y cómo va el señor Juan?—Ya hacia tiempo que no le veia. Me parece mas coloradote, mas gordo....

Juan—Sí, señor, D. Ramon; este es ya el último engorde—de aquí al matadero.

D. Ramon—(á Clara). Y ¿siempre leal ¿eh?—siempre fiel?

Clara—Le aseguro á Vd. que Juan no es mi sirviente, sino un amigo que Dios me ha dado para compaña. Tiene,sobre todo, una condicion de que carece la generalidad de los domésticos.

D. Ramon—¿Cuál, hombre, cuál?

Clara—Ser discreto.

Juan—Gracias, señora : Vd. lo merece todo.

D. Ramon—¿Sabe Vd. que estoy pensando que debemos casar á este buen Juan?

Clara—¿Y para qué?

D. Ramon – Hombre! para lo que se casan todos.

~~*Clara*—Pues que se case....!~~

D. Ramon—Ya nos ocuparemos de eso, y si le falta algo se lo daremos.

Clara—Por mi parte, cuanto él quiera.

D. Ramon—Hemos de hablar *(se vá Juan)*. Ahora le diré á Vd. el objeto de mi visita, es decir, los objetos de ella. Diré á Vd. en primer lugar, que Milord Williams, su esposo ~~de Vd.~~, ha arreglado la cuenta de gastos hechos por Vd., estrañando que sea tan corta. « Quiero que Clara, me dijo, de nada carezca. Si precisa mas, déle Vd. sin límite.»

Clara—(Ap.) ~~¡Qué~~ caballero! Siempre

D. Ramon—Disponga, por consiguiente, miemtras dure su ausencia, de lo que necesite; esto sin perjuicio de que en este viejito que Vd. vé aquí, tenga Vd. un amigo, un...*(Ap.)* Sí esta mujer fuese soltera ó viuda me casaba con ella....ó la casaba con mi hijo.

Clara—¿Y que Milord Williams está de viaje?

D. Ramon—Sí, por algun tiempo—poco.

Clara – Gracias, señor don Ramon ; por ahora nada cesito preciso—le ocuparé llegado el caso.

D. Ramon—Sí; con confianza. Pasemos pues á la segunda parte, objeto de mi visita.

Clara—¿Cuál?

D. Ramon—Clara, yo soy muy amigo de Vd. y quiero comunicarle, antes que á nadie, el enlace de mi hija Flora.

Clara—Deveras, señor don Ramon, ¡cuánto me alegro!

D. Ramon—Si; hemos resuelto casarla, y ella tambien está resuelta. Tiene 21 abriles, que es ya edad como para que no faciliten mucho las mujeres sin peligro de quedar para tias, ó vestir santos. A esos años la mujer que no se casa puede decir que pierde la mitad de la carrera. Mañana es el dia.

Clara—Tan pronto! pues sabe Vd., señor D. Ramon, que me sorprende; porque apesar de mi intimidad con Flora, jamás le he conocido novio, ni me ha hecho ninguna de esas revelaciones que las muchachas no se hacen entre sí, pero solo confian á las viejas.

D. Ramon—Si; á las viejas como Vd. ¡eh........?

Clara—Eso es.

D. Ramon—Vaya una viejita. *(Ap.)* ¡Qué lástima que esta mujer no pueda casarse, ó cuando menos que no se una á su marido!

Clara—¿Y el novio corresponderá indudablemente?

D. Ramon—Ah! ya lo creo: jóven, inteligente, con un porvenir brillante; caballero distinguido—mire Vd. no le falta sino haber nacido en Inglaterra para ser el tipo exacto de su marido de Vd. *(Clara se ruboriza)*. Quedó en venir conmigo á objeto de invitarla para la boda que tendrá lugar mañana á las 8 de la noche. Vd. no faltará.....?

Clara—¿Cómo faltar? Sabe Vd. que quiero á Flora como á una hija;—será para mi un momento de íntima satisfaccion.

D. Ramon—Pues como decia, pensaba venir Enrique conmigo y....

Clara—Enrique? Bonito nombre.

D. Ramon—Como cualquier otro, con tal que haga buen marido.—Y se ha escabullido.

Clara—¿Y de qué familia es el jóven esposo?

D. Ramon—De una distinguidísima—de la de Wilson.
Clara—¡Dios mio! ¿De la de Wilson?
D. Ramon—Sí.
Clara—Digá Vd., señor don Ramon, ¿hay mas de un individuo de esa familia y del mismo nombre?
D. Ramon—Sí, hay dos primos hermanos.
Clara—Respiro. *(Ap.)* ¡No, era posible!
D. Ramon—Mire Vd.; para mas señas aquí está el retrato de mi futuro yerno. ¿Qué le parece á Vd?
Clara—¡El mismo! *(Ap.)* ¡~~Cielos, trágame!~~ Valedme Dios mio!
D. Ramon—Pero, ¿qué tiene Vd.?
Clara—*(Ap.)* Disimulemos—Corazon, ayúdame!
D. Ramon—*(Ap.)* Parece que se ~~hubiese~~ afectado. . .
Juan—*(Anunciando.)* El señor don Enrique Wilson.

ESCENA 5.ª

CLARA, DON RAMON Y ENRIQUE

Clara—Haga le Vd. entrar.
(Entra Enrique.)
D. Ramon—¡Vaya, hombre! ¿Dónde diablo te trasconejaste que no te pude hallar?
Enrique—Señora, buenos dias.
Clara—Buenos dias, señor Wilson.
D. Ramon—Ah! queda Vd. acompañada. Me alegro que hayas venido. Tengo que hacer en casa y despachar varios asuntos. Quedamos en que mañana á las 8 tiene lugar la ceremonia. No faltará Vd., supongo.
Clara—No faltaré.
D. Ramon (á Enrique)—Indúcela á que vaya:—es preciso que esta pobrecita mujer se divierta. Clara, adios. Hijo mio, adios *(ap.)* Que lástima que Clara no se reconcilie con su marido! *(vase)*

ESCENA 6ª

CLARA Y ENRIQUE

Enrique—Clara....

Clara—No me digas nada.... lo sé todo. Enrique.... me abandonas, cuando vivia mas que nunca enamorada de tí; cuando creia que nada podria romper los vínculos de nuestra union;—cuando nuestras caricias nos servian de lenguaje; cuando tus palabras y las mias pocas veces se completaban por que se interrumpian á cada momento unas por las otras. Enrique, yo sé bien que hay ciertas cosas que una mujer no puede, no debe decir jamás en presencia de su amante—el solo pensamiento de ellas ahoga la voz, porque hace venir la sangre al corazon y al rostro—se dibilitan las fuerzas, se abate el espíritu. Ah....! pero es preciso hablar, porque siento que mi corazon debe decirte toda la verdad; no debo ocultarte uno de mis pensamientos; ni los mas fugitivos.

Enrique—Clara, Clara; basta!

Clara—Basta....!!! Jamás escuché de tus labios esa palabra, fatal hoy porque me da á conocer que en tu corazon todo acabó para mí. Pero escucha:—Te he prodigado bastantes favores para que seas ingrato hasta el punto de abandonarme sin oirme—Mira mi agonia, sí, porque lo que yo sufro es una agonía, castigo del propio delito que tú, haciéndote mi cómplice, me has inducido á cometer. *(transporte)* No; perdoname, Enrique, si te he ofendido; una mujer en la falsa posicion en que yo me encuentro merece siempre perdon, cualquiera que sea su falta. No me mires airado, Enrique; mírame con aquellos ojos con que me contemplabas en nuestras horas de mayor extásis.

Enrique—Clara, me despedazas el alma. Tu no sabes la lucha que esperimento en estos instantes.

Clara—Ángel del cielo! mi Enrique! dejame al menos decirte que tú conseguiste borrar en mi alma toda huella de los dolores bajo cuyo peso tenia que sucumbir. No me anonades hoy;—conocí el amor, el verdadero amor por tí; me habia hecho falta hasta entonces, el candor de una alma como la tuya, de tu juventud. Jamás en el tiempo que hemos cruzado se despertaron en mí los celos. He tenido todas las flores de tu alma, todos tus pensamientos —¿porque me los arrancas en un solo dia, en un instante tan rápido como el que necesita el alma para pasar de la vida á la eternidad? Enrique, Enrique, no me abandones, *(cae desmayada en los brazos de Enrique)*.

Enrique—Levanta, Clara: pueden vernos y comprender mi posicion y la tuya.

Clara—Nunca temiste ni á los ojos del cielo, único testigo de las horas de placer que juntos hemos pasado. ¿Es el arrepentimiento, Enrique quien habla en tí?—Es verdad! ha llegado para ti la edad de la reflexion, del egoismo: yo tengo 40 años; tu 36. ¡Cuantos recelos no debió infundir esa diferencia de edades á una mujer que verdaderamente ama.... Has pensado en tu interes social, en tu posicion; por último has creido que el matrimonio que vas á contraer debe aumentar necesariamente tu fortuna.

Enrique—Clara, me ofendes, acaso sin pensarlo.

Clara—Pensar en que tendrás hijos *(con intencion)*; que suelen ser el vínculo indisoluble entre los cónyuges y entre los amantes; para trasmitirles tus bienes; reaparecer en el mundo y ocupar tu lugar en la sociedad con honorabilidad... ¿No es eso, Enrique, cuanto te mueve á abandonarme? Ante tales conveniencias ¿qué importa mi honor, mi tranquilidad, mi vida?

Enrique—Cada palabra que pronuncias es un dardo envenenado que penetra en mi alma.

Clara—Ah! la muerte...! ¡Cuán preferible seria esta á sobrevivir á las desgracias! Si; ojalá me dieses la muerte antes que traicionarme y dejarme abandonada en el mundo! Los amantes que son capaces de apuñalear á sus amadas son mas caritativos que tú, Enrique; porque ellos las matan dichosas, y en la gloria de sus ilusiones. Mátame, Enrique, mátame, pero de una muerte pronta y no de un suplicio lento como á el que me condenas!

Enrique—Clara, clara: por piedad!

Clara—¿La tienes tú acaso de la mujer que así cruel, desapiadado abandonas? *(pausa)* Ayer cuando me preguntabas con tanta y tan fingida ternura: «¿Qué tienes?» me hacias temblar. Hoy cuando he recibido tu carta escrita con ese laconismo de un corazon que desfallece, tus palabras escritas me hicieron estremecer, como se estremecería en su lecho de muerte el enfermo que oyese tañir las campanas que evocan la piedad cristiana en favor del agonizante. En esos momentos he pagado bien caro el amor y la felicidad de que gocé; senti que la naturaleza nos vende á caro precio el tesoro del amor.

Enrique—Clara, tarde ó temprano, yo tenia que abandonarte, que separarme de tí—entre tú y yo hay un obstáculo insuperable.

Clara—Si; mi marido, ¿no es verdad?

Enrique—Tu me evitas el trabajo de decirlo, Clara.

Clara—Ah! es que he descubierto esa frase escrita en el fondo de tu mirada. Tu tienes razon, Enrique; yo no tengo derecho de poner dique al curso de tu brillante carrera, unciéndola á la mia, ya gastada para siempre. Vé, si quieres—da tu mano de esposa á Flora—pero....

Enrique—Adios Clara.

Clara—¿Te vas? ¿Vuelas como el jilguerillo que preso por dos años entre cadenas de alambre, despues de ese tiempo, respira el aire de la libertad?

Enrique (ap.)—Es preciso ante todo ser hombre Clara.. ..adios!

Clara (con resolucion)—*(Alto.)* Pues bien, adios! adios para siempre! *(lo acompaña hasta la puerta)* pero, Enrique, es esta la última vez que nos vemos *(pausa)* ¿lo comprendes? ¿Sabes cuanta es la latitud de esta palabra lanzada de los labios de una mujer en momento tan supremo?

Enrique—Lo comprendo.

Clara (con altanería)—Idos pues! *Enrique va á besarle la frente.)* No....! Desde ahora un abismo nos separa. Idos. *(Escena muda) (Clara cae sentada al lado de la mesa.)*

ESCENA 7ª

CLARA SOLA

¡Qué fiel amigo es el corazon! Flores queridas, las últimas que han brotado de su alma para mí, recibid este eterno y último beso. Vivid desde ahora para la posteridad....*(con desesperacion)* Ingrato... infiel....! *(Juan entra)*.

ESCENA 8ª

CLARA Y JUAN

Juan—Señora, ~~precisais~~ quereis algo?

Clara—Nada, Juan. *(aparte)* Pobrecillo! *(se enjuga una lágrima)* Ha adivinado acaso mi pesar.

Juan—Es que un ~~sirviente~~ criado viene de parte de Milord Williams á preguntar si teneis inconveniente en recibirlo y que le indiqueis la hora.

Clara—¿De Milord Williams mi esposo?

Juan—El mismo.

Clara—Diga V. que puede venir á la hora que guste que no saldré *(se vá Juan)* ¿Qué significa esto, Dios mio? Milord Williams en mi casa! ¿Qué quiere

—¿qué busca? —¿vendrá por ventura á aumeutar mis penas....vendrá á....Yo pierdo el juicio *(llama á Juana)* Juana. *(sale Juana)* Lleva esas flores y colocalas en mi aposento. *(aparte)* Que ni ellas sean testigo siquiera de lo que pase entre Milord Williams y su esposa. *(Sale Juana con las flores—Milord Williams acompañado de Juan aparece por el frente—Juan se retira.)*

ESCENA 9ª

MILORD Y CLARA

Milord—Señora....

Clara—Edmundo....

Milord—Milord Williams. ¿Os parecerá estraña mi visita...

Clera—Por muy estraña que me pareciese la recibiria siempre con placer.

Milord—Acaso sepáis de antemano que estoy en vísperas de viaje?

Clara—¿Vais de viaje Milord? ¿y á dónde?

Milord—Marcho para Inglaterra, pero antes he venido á daros un adios que acaso sea eterno.

Clara—Dios no ha de querer que nos veamos por última vez.

Milord—Dios, señora, no se ocupa de esos pequeños detalles de la vida. Tiene otras cosas que atender y de mayor importancia. Si Dios emplease su tiempo con nosotros, el mundo andaria de otro modo.

Clara—Pero es innegable que la Providencia vela por sus criaturas.

Milord—Algunas veces; cuando ellas se hacen dignas de su cuidado *(Clara baja la cabeza.)* Bien, señora, antes de mi partida he querido hablaros. Entre nosotros hay asuntos de vital interés para ambos.

Clara—Os agradezco, Milord, las recomendaciones de que he sido objeto para con el señor don Ramon Contreras, y no sé como pagaros tanto favor.

Milord—Pagadme si os parece como me habeis pagado hasta aquí, señora—no os exijo mas.

Clara—Milord, sois cruel conmigo.

Milord (irónicamente.)—Qué injusticia!... tratándose de vos, que habeis sido tan dulce para mí!—Señora, hacen hoy justámente dos años.....era de noche, os acordais?

Clara—Si, sí. *(llora.)*

Milord—Yo entraba en esta misma casa devorado por los celos, agitado por las sospechas y los temores que vuestra conducta hábia despertado en mi corazon......

Clara (ap.)—Dios mio, el cielo se desploma sobre mi cabeza!

Milord—Fran las 10 cuando en este gabinete....

Clara—Ah! callad, callad, por compasion, Edmundo. Asesinadme pero no me ultrajeis con ese recuerdo.

Milord—Ahi estan, señora, esos muebles, que hoy conservan la misma colocacion de entonces. Nada se ha cambiado, nada se mudó, ni el polvo que desde aquel momento cayó sobre ellos se ha movido de sus tapices—todo por mi órden—Yo creí que esos testigos mudos pero acusadores de vuestro delito, hablasen á vuestra conciencia. ¿Qué habeis hecho desde entonces? ¿Habeis por ventura, tratado de reparar vuestra falta por la enmienda?

Clara—Milord, matadme, pero no me humilleis.

Milord—Humillaros! ¿y vos que habeis hecho conmigo? ¿Donde está mi honor? Desde entónces os abandoné creyendo que mi generosidad é hidalguía os convírtiese al bien; pero en vano:—La mujer que resvala una vez, no se detiene jamás sino en el fondo ~~mismo~~ del abismo. Llorais, pero vuestras lágrimas no son las que la amargura del corazon, el arrepentimiento hacen aparecer á los ojos—son las lágrimas del despecho al veros abandonada, humillada.

Clara—Cómo? Vos sabeis....?

Milord—Todo lo sé: yo mismo he ~~actuado~~; yo he contribuido á hacer real ese enlace, rompiendo á pedazos mi alma, con tal que vos sintiéseis las espinas de la espiacion.

Clara—Milord, por piedad, vuestra venganza hacedla justa; pero no sea ella inexorable! Compadecedme.... No me entregueis á la ley de un bárbaro destino!

Milord—Compasion de vos, Clara!....La tuvisteis vos de mí alguna vez?

Clara—Perdon, Milord, perdon.

Milord—El perdon se alcanza solo por la contriccion, y vos, señora, no estais contrita—ni sereis capaz de vencer nunca vuestros instintos.

Clara—Os lo juro.

Milord—No jureis lo que no habeis de cumplir. Solo teneis un camino, seguid mi consejo: idos á un convento—Yo me vuelvo á mi patria y ya que no pueda besar la anciana frente de mi madre, besaré la loza que cubre sus cenizas, lloraré sobre ella, y le diré pida á Dios resignacion para mí, tanta como he tenido hasta ahora.

Clara—Ah, Milord! por la memoria de vuestra madre, perdonadme antes de partir.

Milord—*(Llora.)* ¡Pobre mi madre! *(Se pasea.)*

Clara—Me perdonais....? *(Milord se retira, ella sigue de rodillas)* Ah! llorais; el que llora perdona. ¿Me perdonais, Milord?

Milord—No! *(Cae Clara.)* Levantaos, Clara, levantaos.

Clara—No, no me levantaré de aquí si no muerta, mientras no me otorgueis el perdon.

Milord—Clara, que alguien viene.

Clara—¿Qué me importa á mí del mundo si no alcanzo vuestro perdon! Por vuestra madre, Milord, por vuestra madre! No seais soberbio, no querais ser mas que el Señor que se sacrificó en la cruz por nuestra redencion; que encomendó á su madre en la cumbre del Gólgota perdonára á los que le ha-

bian ofendido. Por vuestra madre, por su memoria; por el primer beso que os dió, por el último que recibisteis antes de separaros. ¡Perdon!

Milord—(Ap.) ¡Qué puede negarse á la memoria de una madre!....Bien, *(Clara de rodillas—Milord pone las manos sobre la cabeza de Clara)* Clara Elisa Zavala, baronesa de Williams, en nombre y por la memoria de mi madre que está en el cielo, yo os perdono!

(Clara cae y abraza los pies de Milord Williams.)

Milord—Ahora, adios, Clara.

Clara—No, Milord, no os vayais; permaneced conmigo, si quedaos.

Milord—Me pedis lo que yo no puedo daros; lo que mi misma madre no os concederia tampoco. Vuestra conducta hasta hoy no merece rehabilitaros para conmigo. Como hombre, os he perdonado; como marido, ante una sociedad que nos observa y severamente nos juzga, seria dar un paso muy adelantado, muy imprudente; hasta indigno.

Clara—Os comprendo, os comprendo.

Milord—Por otra parte, para que os revindiqueis ante mis ojos y los de Dios, precisais dar pruebas contundentes, irrecusables.

Clara—Os daré todas las que me pidais. Exigid.

Milord—Bien, ¿veis aquel reloj que marca la hora de las 10?

Clara—Ay! demasiado lo he visto ya.

Milord—Falta ahora agregar una nueva fecha. Mañana 13 de Setiembre me embarco—agregad esa fecha como término fatal á esa hora; dentro de un año, el mismo dia, antes de las 10, me encontraré aquí, en vuestra casa, donde os halle. Si vuestra conducta—y cuidado que he de tener cuenta exacta de ella—si vuestra conducta, repito, os hace digna de una reconciliacion....

Clara—Oh! os lo juro.

Milord—No jureis, sino para cumplir.

Clara—No;—por Dios crucificado!

Milord—No invoqueis su nombre en vano. Ahora me marcho. *(Clara va á abrazarle, Milord rechaza).* No, todavia no; si acaso dentro de un año.

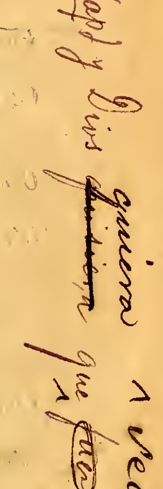
Clara—Si; dentro de un año—Adios!

ESCENA 10ª.

CLARA SOLA

Clara—*(Larga pausa)* *(ap.)* La generosidad de este hombre me ha abrumado. Ah! Enrique....Enrique..! *(va hácia un estante, saca un estuche con papeles.)* Si, esta es la carta primera que me escribió el traidor. Pongamos al pié su contestacion, puesto que entónces no se la dí por no cometer una indiscrecion *(toca la campanilla y aparece Juan.)* Esta carta para el señor Enrique Wilson.

Juan—La entregaré en propia mano. *(vase).*—*Cae el telon.*—



ACTO TERCERO

Gran salon de baile, múy iluminado. Galería al fondo por donde se ve cruzar muchas parejas en traje de baile. A derecha é izquierda sofaes, sillas y otros muebles de lujo.

ESCENA 1.ª

CÁRLOS Y UN CONVIDADO PASEANDOSE—DESPUES DON RAMON Y OTROS

Convidado 1.º—Te garanto, amigo mio, que el enlace de tu hermana me ha sorprendido como habrá sorprendido á todos.

Cárlos—Efectivamente; yo mismo no lo esperaba, tan pronto al menos; pero papá se empeñó, ella no opuso resistencia y....

Convidado 1.º—Pues ~~no dicen eso:~~ aseguran que tu harmana no se ha casado de buen grado.

Cárlos—Habladurias....! Además, Enrique es un buen muchacho, con escelentes cualidades para ser un completo marido.

Convidado 1.º—Y dime cómo queda aho ra la otra—la consabida—?

Cárlos—Entiendo: Clara ¿eh? Que diablos! ¿y quién piensa en eso cuando llega el momento de tomar estado? ¿Acaso le faltará resignacion y consuelo? Parece que ~~tú recien viniéses~~ al mundo. ¿No has visto á tantas....? y resignadas y siempre dispacstas?

Convidado 1.º—Es que me dicen que esa señora es mujer de superiores cualidades.

Cárlos—Sí; pero al fin tendrá que conformarse—ese es el desenlaee que espera á toda mujer que una vez, por lo menos, pisa en falso.

Convidado 1.º—Eres escéptico.

Cárlos—Lo seré: pero pienso con el siglo XIX—Pero; que diantre! ~~las 8 y no aparece ni el cura, ni el mismo~~ Enrique, desapareció repentinamente

Convidado 1.º—Eso se esplica ~~por lo que respecta á Enrique~~—la noche de novio, Cárlos, es siempre noche de atribulacion.

Cárlos—Hablas con un aplomo cual si te hubieras casado alguna vez.

(Aparece D. Ramon por el lado opuesto del brazo de otro convidado. Las parejas se pasean encontradamente.)

D. Ramon—Sí, amigo mio: insisto en que el matrimonio es el complemento de la vida.

Convidado 2.º—D. Ramon, cuando se saca la gorda.

D. Ramon—¿Qué es eso de gorda?

Convidado 2.º—Quiero decir, cuando se saca el premio mayor, porque el matrimonio es una especie de lotería.

D. Ramon—Pues mire Vd. yo me he casado cuatro veces y.....

Convidado 2.º—¿Nada mas? *(Ap.)* Y sería capaz de entrar en la quinta.

D. Ramon—Ni ~~menos y~~ mas ni menos-

Convidado 2.º—Este hombre es un sepulturero. Ni Enrique VIII de Inglaterra! ni Barba azul!--

D. Ramon—Y vamos á ver ¿porqué no se casa Vd?

Convidado 2.º—Hombre, porque no tengo ganas.

D. Ramon—Mal hecho. El estado matrimonial es el mas moral, el mas.....

Convidado 2.º—*(Ap.)* Sí, ya, y sino que lo digan algunos de los que andan por acá adentro, en los salones, y por ahí fuera *(indicando al patio)*. Y que ratifiquen ellas ¡pobrecitas! *(señalando hácia arriba.)*

D. Ramon—Insisto; cásese Vd., cásese Vd.

Convidado 2.º—Pero este hombre se ha convertido en una especie de cura de Departamento, ó en Vicario Apostólico.

D. Ramon—Càsese Vd.

Convidado 2.°—Sí, cuando me llegue la hora.

D. Ramon—Pero, Cárlos, ¿no empieza ya ~~la ceremonia?~~

Cárlos—Papá, Enrique no ha venido todavia. *(Un cura y un escribano y várias personas cruzan por el fondo. Luego aparece Enrique avanzando en direccion á los anteriores.)*

Enrique—Señores: buena noche.

Convidado 1.°—Mejor téngala Vd.

Convidado 2.°—Mil felicidades.

D. Ramon—Ea! señores, al salon.

Enrique—Un momento y voy con Vds.

D. Ramon—Enrique, que no sea mas que un momento.

Enrique—*(Solo.)* Esta carta que acabo de recibir, desde medio dia estaba en poder del sirviente. ¡Buena hora para entregarme cartitas! *(Mira el sobre.)* Letra de Clara. Abrámosla. *(La abre.)* Mi letra! ¿qué significa esto? Ya caigo: abajo de mis palabras algunas suyas—su contestacion despues de dos años. *(Leamos.)* « Señora: Acepto todas vuestras condiciones con tal que no partais para Inglaterra. Os juro una constancia que solo podrá concluir con la muerte. Concededme lo que os pido, á menos que no temais el peso de un enorme remordimiento sobre vuestra vida, cuando vos disponeis de la mia.» Ahora ella: « Caballero: Vuestra vida, vuestra es—Sois libre. » *(Enrique quema la carta en la bujía.)* Las flores secas, quemarlas. *(Irónicamente)* Vamos ahora á gozar de la libertad con que me regala Clara. *(Sale.)*

Varios convidados cruzan de un lado á otro por el fondo del salon; la música de la orquesta ejecuta á media voz una tocata sentimental durante dos minutos. Al terminar la orquesta se siente algun rumor adentro y empieza la orquesta para el baile. Aparecen por la izquierda los novios—don Ramon del brazo del primer convidado, Cárlos con el segundo, mientras las parejas del fondo van desapareciendo paulatinamente.

Car-Pero donde te has metido?

D. Ramon—Vea vd. que espectáculo tan tocante ¿eh? me hace rejuvenecer, me acuerdo de aquella noche.

Convidado 2.°—Si *Ay, mamá, que noche aquella!*

D. Ramon—Sí, sí eso es ¡qué noche aquella!

Convidado 1°.—Sabe vd. que he estrañado la ausencia de Mrs. Clara Williams?

Cárlos—Cálla, necio.

D. Ramon—Sí, es verdad : yo y el mismo Enrique fuimos á invitarla y quedó en venir, pero despues recibí un billetito suyo en el que me participa su pesar de no poder asistir á un acto que la colmaria de satisfaccion.

Cárlos—Si; ya lo creo.

D. Ramon—Flora, tengo ahora que cumplir con un encargo especial que me ha hecho un amigo, muy amigo, y que tampoco ha podido asistir. Milord Williams me ha entregado esto para tí; es un regalo de boda—*bocato di cardinale*. Me olvidé entregártelo antes.

Flora—Milord Williams no precisaba de este recuerdo para que yo le tuviese presente en estos momentos que reputo los mas felices de mi vida.

D. Ramon—Esto se llama hablar con el corazon.

Convidados 1° y 2°.—Sí, con el corazon....!

D. Ramon—Ahora, señores, á bailar, á bailar—dejemos á los novios solos. Mira Cárlos: Ve y saca á aquella señorita de Pajares que desde que entró la veo sentada.

Cárlos—Pues déjela Vd. que descanse, que se repose, que planche. Esto si que está bueno.

D. Ramon—Este muchacho no se quiere convencer de que cuando uno da baile ó comida en casa, debe de antemano resignarse á ser esclavo de todo el mundo y á embromarse para que los demas se diviertan. Pues iré yo y ya veras si bailo. Que toquen un *chotis*. Vé, dí á la orquesta que toque. *(se van)*.

Musica
Notis

ESCENA

ENRIQUE Y FLORA

Enrique—Flora, ya estamos unidos por el sacramento y por el deber. Tu has srtisfecho la voluntad de tu padre; yo la de mi madre, y la de mi padre y el tuyo; te lo dije antes de casarnos y no podrás decir en ningun tiempo que te haya engañado.

Flora—Tampoco yo, Enrique, te oculté la verdad—en cuanto á engañarte en adelante, si tu crees que esa palabra implica algo mas que mi labio no se atreve á pronunciar, nada temas, te he jurado respeto—tu nombre y el mio son para mi desde hoy uno solo.

Enrique—(ap.) Pobrecilla! (*Alto.*) Bien Flora, en medio de nuestra desgracia no seremos jamás tan desdichados como otros—Tú y yo hemos llenado el cumplimiento de deberes sagrados con nuestro enlace—nadie nos ha violentado—hemos ido voluntariamente al altar; ninguna conveniencia sino la consígna de obligaciones ineludibles nos ha conducido al sacrificio. Compara, pues, nuestra suerte, y particularmente la tuya, con la de esos ángeles coronados de flores, que sus padres convertidos en verdugos, inmolan en aras de su ambicion ante los altares de Himenéo.

Flora—No, Enrique; mi padre no me ha violentado—una voz superior á la suya me ha seducido, me ha impuesto.

Enrique—¿Cuál es esa voz? ¿La de Dios?

Flora—Sí, de Dios; porque ella solo puede imponer á los corazones que tienen fé en él y obedecen sus mandatos.

Enrique—(Ap.) Esta mujer es un ángel. Empiezo á sentir remordimientos *(alto)* Flora, jamas te contrariarás por mi ¿Verdad?

Flora—Es á tí Enrique, á quien tengo que pedirte eso mismo.

Enrique—*(Ap.)* Cómo! sabrá.... *(alto)* ¿Por qué, Flora?

Flora—Porque las condiciones del hombre, su naturaleza, su temperamento, todo, si se contraría exíje mas violencia en él que en una mujer, que no ha conocido otra vida que la pasada en el seno de su familia.

Enrique—*(Ap.)* Que profundo fondo de sensatez descubro en esta mujer desde que es mi esposa! *(alto)* Pero ..Quiere decir que seremos casados para Dios, para la sociedad, para todo el mundo....

Flora—*(interrumpiéndole.)* Menos para nosotros.

Enrique—Bien: pensando en eso he dispuesto la manera de repartir las habitaciones de esta casa que vamos á ocupar.

Flora—Ah! sí, sí; yo no quiero separarme de papá y de mi buena Juana, la compañera de mis tiernos años.

Enrique—Mi gusto será el tuyo, Flora.

Flora—Gracias, Enrique.

Enrique—Bien, vamos.

(Al salir aparece Da. Juana.)

Juana—¿Ya os vais?

Enrique—Sí, es hora de retirarnos. *(Ap.)* Esta música en vez de agradarme me marea—ese baile me aturde.

Juana—*(Va á dar un beso en la frente á Flora, se detiene y pregunta á D. Enrique)* ¿Permitis, señor don Enrique?

Enrique—Para vos que adorais á Flora, todo, buena Juana.

Juana—*(Mirando al cielo.)* Dios mio, si este beso puede acaso inspirar sentimientos y votos que lleguen hasta tí, haced mi voluntad como yo hago la vuestra y derramad sobre esta cándida frente el fruto de vuestras bendiciones. *(La besa, Flora suspira.)*

Enrique *(Consternado.)* Adios, buena vieja. Tomad esos 20 pesos é invertid los en vuestras devociones y limosnas.

Juana—Dios os lo pague ; mañana va la mitad á la alcancia de la Capilla de Dolores.

Enrique—Bueno, adios.

Juana—No; no os apresureis tanto *(ap.)* ¡Qué juventud esta! *(alto)*. Me permiteis un nuevo favor, señor don Enrique?

Enrique—¿Cuál, viejita?

Juana—Que acompañe á vuestra señora hasta la alcoba; que allí la despoje de sus atavíos, de su corona de azares; despues....

Enrique—Concedido y vamos.

(Salen.)

ESCENA

DON RAMOM, CRIADOS

D. Ramon—Pues señor, jurára que estoy algo *cufifo*. La verdad es que se ha chupado un poco. Eh! que diablos, la situacion lo exige. *(Pasa un sirviente con copas, D. Ramon lo llama cariñosamente.)* ¿Qué es esto?

Criado—Champagn.

D. Ramon—No.

Criado—Oporto.

D. Ramon—Tampoco.

Criado—Jerez.

D. Ramon—Menos.

Criado—Chartreuse.

D. Ramon—Venga, venga el Chartreuse *(se toma una copa, y otra)* Ajá....... Dime—¿tú eres casado?

Criado—No, señor, pero ~~pienso contraer matrimonio dentro de poco~~. lo seré pronto.

D. Ramon—Pues mira ya me interesas, me eres muy simpático; —toma ahí tienes esa pieza para que le compres á tu mujer una cofia de dormir.

Criado—Gracias, señor, mil gracias. *(ap. yéndose)* ¡Qué hombre tan generoso!

D. Ramon—*(Deteniéndolo)*. Mira; deja allí ~~la bandeja con~~ el chartreuse y lleva lo demás. *(el sirviente*

vuelve á salir.) Ah, mira: avísame el dia del ~~enlace,~~ porque quiero hacerte un regalo.

Criado—Tanto honor, señor. *(~~lo besa la mano.~~)* ¿Querrá usted ser mi padrino?

D. Ramon—Hombre, no tanto como eso; pero para lo demás cuenta conmigo. *(Se va el sirviente, don Ramon se pasea y toma varias copas.)* Se ha colmado mi felicidad; no, no se ha colmado del todo aun; cierto es que se ha casado Flora, pero ¿y Cárlos? ¿como hacer que se case este muchacho?

(Aparece un criado por el fondo con una bandeja.)

Criado—Señor ¿quiere usted servirse de algo?

D. Ramon—No; tengo ya aquí; anda y ofrece allá en el cuarto del *l'ecarté*—Ahora no hay baile de tono sin que se juegue; como si no bastara con las casas que hay por ahi y que bien haria en vigilar la policía.

Criado—Una copita de chartreuse?

D. Ramon—No; si tengo aqui—Me basta hombre, me basta... (*El criado se va y al salir dice*:) Y no me habla de casamiento...

D. Ramon (Ap.) Si yo pudiera casar á Cárlos.... Veamos: ¿le gustará la hija de mi amigo Rivarola? Sí— buen partido: jóven, tiene fortuna; pero alega que es un poco coqueta. Vea vd. ¿y qué mujer no tiene esa enfermedad? *(pausa)* ¿Le gustaria la hermana de mi tenedor de libros, don Pedro de Herrera? Guapa muchacha; ~~no,~~ raya en sus 29; pero es bizarra, instruida y si le falta fortuna, le sobran cualidades—Dirá que es demasiado sobria. Así somos los hombres (y las mujeres) por mucho escojer solemos quedarnos con la peor. Empezando á poner *peros*, nada encontramos bueno. *(Aparecen dos criados con bandejas.)*

Criado 1°.—Señor, unos *sandwiches?*

D. Ramon—Hombre, sandwiches! ¿tíenen mostasa?

Criado 1°.—Sí, señor.

D. Ramon—Pues venga uno.

Criado 2º.—Señor, una copita, ~~de algo.~~
D. Ramon—No; tengo aquí.
Criado 1.º—~~Sírvase vd. de~~ otro sanguichito....?
D. Ramon—No; me basta.
Criado 2º.—*Sandwiches* y oporto...es muy bueno. Sírvase vd. señor mio.
Criado 2º.—Sírvase vd....*(cada uno le ofrece de su lado; don Ramon se impacienta.)*
D. Ramon—Canario! que no tengo mas ganas de mas; he dicho.
D. Ramon—*(Meditando.)* Si yo pudiera casarlo...
Los dos criados 1.º y 2.º—¿A quién? á mí? á mí?
D. Ramon—*(Los mira un momento.)* ¿Qué significa esto? ¿Soy yo acaso Obispo?
Criado 1.º—Señor, Vd. perdone.
Criado 2.º—Le hablaré á Vd. con franqueza. Mi primo Tomás, ese que vino antes y á quien Vd. dió una pieza de oro y le prometió otras mas para cuando se case, nos ha contado todo y como nosotros tenemos tambien intencion de hacerlo pronto ...en fin....Ya Vd vé, señor. ..
D. Ramon—Bien, está bien.—¿Cómo te llamas tú *(al criado 1.º)*.
Criado 1.º—Yo, señor, me llamo Cornelio Paciencia, si Vd. no manda otra cosa.
D. Ramon—Buen nombre, ¿y tú? *(al criado 2º)*
Criado 2.º—Me llamo Angel Carneron; para servir á Vd.
D. Ramon—Escelente! Hareis carrera casándoos. Bueno, marchaos. Hablaremos despues.
(Ambos criados se retiran despidiéndose de D. Ramon y haciendo grandes reverencias.)
D. Ramon—*(Solo.)* Ahí tiene Vd. lo que son ciertas gentes: se hace un favor á uno, se le atiende en alguna pretension, y en vez de callar, lo divulga con perjuicio propio. Es claro, basta que se haga un beneficio y lo sepan los demás, todos pretenden lo mismo ; y si es fácil servir á uno, á dos ;

no es posible atender á cientos. Exactamente lo que pasa con los ministros. *(Las gentes van cruzando poco á poco en retirada por el fondo. La música entrecortadamente ejecuta piezas de baile)*.—Parece que los concurrentes se retiran—*(saca el reloj)* la 1 ½.

ESCENA

JUANA Y DON RAMON

Juana—*(sale por la izquierda.)* Señor, todo está ya dispuesto en las habitaciones de la señorita.

D. Ramon—¿Todo? mejor. ¿Y que os parece doña ~~Juana~~, que os parece?—son dos pichones el uno para el otro ¿eh?

Juana—Puede ser señor, puede ser... con el tiempo...

D. Ramon—¿Que dice Vd.? se atreverá por ventura, á poner en tela de juicio mi buena eleccion?

Juana—Señor, jamás me atreví á tanto.

D. Ramon—Señora Juana: Vd. tiene misterio en lo que dice.

Juana—Señor don Ramon, yo no hago misterio de nada. Vd. se enfada conmigo y yo no puedo proseguir—me marcho mañana de su casa y santas Pascuas.

D. Ramon—No; venga Vd., esplíquese—sabe Vd. que jamás se ha dado un paso en esta casa sin consultarlo con Vd.

Juana—Menos cuando trató Vd. de casar á su hija, cosa que supe el dia antes de tomarse los dichos.

D. Ramon—¿Y si Vd. lo hubiera sabido antes?

Juana—Entonces........

D. Ramon—Entonces ¿qué?

Juana—Entonces le hubiera dicho á Vd. que no debia casarlos.

D. Ramon—¿Pues qué Enrique no ama á Flora.

Juana—No, señor.

D. Ramon—¿Y Flora no ama á Enrique?

Juana—Tampoco.

D. Ramon—Quiere decir.......

Juana—Que ninguno de ellos se ama.

D. Ramon—*(Ap.)* Estas viejas lo saben todo; y cuando no, lo inventan. Vamos á ver ¿y cómo lo sabe Vd?

Juana—Como podria haberlo sabido Vd. si no fuera tan precipitado para hácer sus cosas, siempre en su empeño de casar á todo el mundo.

D. Ramon—Esplíquese Vd. doña Juana; esplíquese Vd.

Juana—Me esplicaré: Flora no es ya sú su hija de Vd.

D. Ramon—¿Como no es mi hija? ¿Y de quién es hija entonces?

Juana—Quiero decir que su hija de Vd. es desde hoy de su marido.

D. Ramon—Conforme, mujer, conforme; me saca Vd. un nudo de la garganta.

Juana—Pues bien Flora no ama á Enrique; ama.... ama.... á Milord Williams.

D. Ramon—Dios mio! Doña Juana ¿qué dice Vd.?

Juana—Y Vd. nunca lo conoció? ¡Qué mal olfáto tiene Vd.! ¡qué mal perdiguero sería, apesar de ser viejo como yo!

D. Ramon—No, eso de viejo no; le llevo á Vd. seis meses.

Juana—Lo mismo dá; á nuestra edad.... y Enrique á quien amaba era ..

D. Ramon—¿A quién?

Juana—A doña Clara, la mujer de Milord Williams.

D. Ramon—Ah, eso sí puede ser, señora Juana. *(ap.)* Algo empezé yo á desconfiar.

Juana—No; no puede ser, sino que es.

D. Ramon—Pero doña Juana Vd. necesita exponer pruebas.

Juana—Yo no ~~precisaría de~~ pruebas, señor don Ramon, porque la denuncia que hago no es una acusacíon; á ella solo la mueve un deseo de que Vd. tenga mas precaucion para el porvenir, y que ya que no ha sabido evitar el conflicto á tiempo, evite al menos peores consecuencias.

D. Ramon—Esta mujer se ha hecho una diplomática...... Las pruebas.

Juana—Bien, ¿quiere Vd. pruebas? lea *(le da una carta)*.

~~*D. Ramon*~~—*(Lée y cae en el sillon.)* Esa carta me la entregó Milord, ayer, recomendándome la entregase á Flora, despues de estar unida á Enrique. Yo no he querido hacerlo, porque Flora es ya esposa; medité y resolví: se la entrego á Vd., á su padre, en quien la deposito como si la echase al fondo del mar.

D. Ramon—Gracias, doña ~~Juana~~ Ana, gracias.

Juana—¿Quiere Vd. mas?

D. Ramon—¿Todavia?

Juana—Si; todavia:—vaya Vd. y pregúntele á Enrique si su madre ó su hermana se llama Clara.

D. Ramon—~~Por qué eso?~~ y eso, porqué?

Juana—*(bajo)* Porque así que se acostó Flora, tomó Enrique pluma y papel y empezó una carta—*Mi siempre adorada Clara* : Ana

D. Ramon—Basta, basta, doña Juana!

Juana—Bien señor; basta; y buenas noches.

D. Ramon—Buenas noches! (*pausa*) Que pronto se convierte la mas grande dicha en infelicidad! Dios mio, perdóname, yo soy el culpable; si!—pero perdóname aunque no sea sino en mérito de mis buenos deseos de padre!—*Cae el telon*.

ACTO CUARTO

UN AÑO DESPUES

Al fondo estensas montañas y valle al pié con arboledas—Al frente y en segundo término gran verja con porton en el centro—A la izquierda del espectador y lo mas lejos posible gran Chalet con ventanas y puertas sobre la escena—A la derecha modesta habitacion con enramada, una mesa campestre y sillas—Por detras de la verja se descubre el pórtico de un convento—Al subir el telon se oyen cantar los pájaros muy entrecortadamente.

ESCENA 1.ª

ENRIQUE SOLO

Enrique—(*Entrando*) ¡Que prodigioso motor es el aburrimiento! He andado y reandado por esos valles y quebradas como ave sin rumbo, llevada por el viento—Me duelen los piés y las piernas. Desde que llegué ayer con mi suegro y mi mujer *(con tristeza)* ¡mi mujer . . . !y demas familia á ocupar este chalet, no he parado sino para dormir, hecho una ardilla, animalito parecido á muchas personas que se jactan de ser muy activas y no hacen sino dar vueltas y mas vueltas; y por último . . . . nada. *(pausa)* ¡Y cómo abundan las perdices y las torcazas y los conejos en estos campos!—traigo el morral lleno. Bien se conoce que los pobladores de estas felices comarcas no precisan alimentarse con perjuicio de estos bipedos y cuadrúpedos que cruzan hasta por encima de la cabeza de uno. Somos nosotros los mensajeros de la civilizacion de las capitales quienes destruimos esos inofensivos animales, y no para llenar nuestro apetito, nnestras necesidades; sino con el propósito de satisfacer las mas de las

veces la quimérica y vana presuncion de tirar bien, y volver de las partidas de caza con mayor cantidad de piezas, generalmente para regalarlas. Si fuese al menos para servir de alimento á los pobres....! (*pausa; pone el morral sobre la mesa; recuesta la escopeta contra la pared—se sienta*) Confieso que estoy ~~intrigado~~ preocupado con la aparicion inesperada de ayer tarde. (*pausa*) ¿Quién será la hermosa sultana que allí mora en aquella ventana? (*indicando hácia la izquierda.*) Por cierto que ~~la casa~~ esa casa parece mas bien un monasterio que otra cosa: las ventanas cerradas, la puerta, idem. (*pausa*) Y sin embargo, ¡sabe Dios si en esa mansion al parecer tan triste por fuera, no se alberga la felicidad!! (*pausa*) Allí (*señalando á la de la derecha*) en aquella, cualquiera diria que deben ser muy felices los que la habitan....¡ay! dígalo yo....hace un año.... ¡qué año!....¡qué casamiento! qué luna de miel.. La *m* se ha convertido en *h.* (*pausa*) Ay, Clara, bien vengada estas.—Puedes estar satisfecha. (*pausa*) Pero ¿quién será esa muger que he visto así, de refilon, á la luz del último crepúsculo, tras los cristales....Un rostro virginal, encantador. ¡Cuántos recuerdos se agolparon á mi mente!— ¡Cuántas imágenes cruzaron por ante mi vista!— ¡Cuántos latidos asaltaron á mi corazon! Ah! cuán difícil es borrar el recuerdo del primer amor por mas esfuerzos que se hagan por conseguirlo!— Y aun olvidándolo, cuán fácilmente reacciona el corazon, y con cuánta dificultad se vence al fin! Ah! si aquella vision, ó aquella realidad que vi; si, allí, (*con frenesí*) parece que aun la veo; si apareciese de nuevo....mi aburrimiento, el hastío que de mí se ha apoderado despues de mis 24 horas, solamente, de permanencia en este sitio, se convertiria en contento, en íntima satisfaccion. (*Saca un retrato, lo mira, lo besa*) Clara, Clara; perdóname. (*pausa*) Ola, álguien llega—Ah, es el mayordomo del Prado.

Desde hace un año te busco en vano; ignoro tu paradero; mi propio suegro lo ignora o por lo menos me lo oculta.

ESCENA 2.ª

ENRIQUE Y EL MAYORDOMO

Mayordomo—Señor mio, buenas tardes.
Enrique—Muy buenas las tenga vd., señor Mayordomo.
Mayordomo—¿Y que tal de caza?
Enrique—Eche Vd. una ojeada al morral.
Mayordomo—Ya veo; debeis ser excelente tirador.
Enrique—En tiempos mas felices tiraba mejor.
Mayordomo—Es claro, mientras uno mas jóven es, mejor tira, por que entonces la punteria es mas fija; pero así que se va envejeciendo, como yo por ejemplo, falta el pulso y......
Enrique—Pues, mire Vd. buen hombre, yo conozco muchos viejos que tiran con tanto acierto como el mas jóven.
Mayordomo—Sí; cuestion de temperatura.
Enrique—De temperamento querrá Vd. decir!
Mayordomo—Lo mismo dá.
Enrique—Pero dígame Vd., señor Mayordomo, ¿sabe Vd. quien es esa dama que vive en ese Chalet, aquí como quien dice, encima de nosotros?
Mayordomo—Ah, es una gran señora—Hace un año justamente que vive ahí en esa misma casa. Está muy recomendada—debe ser persona de gran posicion.
Enrique—¿Y sabe Vd. cómo se llama?
Mayordomo—A punto cierto, no.
Enrique—Parece bonita ¿eh?
Mayordomo—A juzgar por las pocas veces que la he visto, así de pasada, digo que más que bonita es hermosa. Mire Vd.: vive completamente encerrada. Su casa mas bien que residencia de campo parece un retiro. De cuando en cuando, así despues de medio dia, sale á ese pequeño vestíbulo; da su paseo por aquí no mas; contempla ese enorme precipicio que se vé á plomo desde ese pretil y

se retira silenciosa, cubierto su rostro de espeso velo, acompañada siempre por su sirvienta—Le gusta tambien otras veces de tarde, salir á escuchar desde allí los cánticos de ese monasterio vecino.

Enrique (dirijiéndose al sitio)—¿Es este el precipicio que llaman de la muerte?

Mayordomo—Justamente. Cuentan que tomó su nombre por lo profundo que es—cerca de 250 piés—y por haber acontecido que varias personas desesperadas de su suerte se han arrojado desde ahí en busca de remedio á sus males

Enrique—Vaya un buen remedio! Quiere decir que es un salto de Leucade.

Mayordomo—No conozco á ese señor Locadio—hasta ahora no sé que haya otro dueño de esta posesion sino....

Enrique—Sí, lo conozco; es un pariente mio. *(Ap.)* La ignorancia te valga.

Mayordomo—Pero, señor, que haya nécios que se maten....!

Enrique—Y por amores! Ajajajá.

Mayordomo—Mire Vd., señor: yo amé cuando jóven muchas veces, y alguna que otra fuí desairado—las mujeres en todo tiempo fueron y son las mismas. En una ocasion cruzó por mi chola la estravagante idea de suicidarme. ¿Qué hice? Cogí una pistola, me senté frente á un espejo, tomé una posicion académica, y le aseguro que me pareció tan feo el cuadro, que desistí: me asusté de de mi propia figura—Pensé luego, y me dije. Si Marcelina me ama [así se llamaba mi pretendida] ¿á qué presentarle un cuadro tan triste, á qué darle un mal rato? y si no me ama, ¿para qué cometer tal bestialidad por una mujer ingrata?

Enrique—Habla Vd. como un filósofo. Bien dicho: El suicidio es el mas grande crímen que puede cometer un hombre á los ojos de Dios y la mas cobarde

de las cobardías inferidas ante la sociedad. *(Enrique se aproxima al borde del precipicio y de allí observa.)* Profundo abismo, casi perpendicular; lindo arroyuelo el que cruza por debajo. Agradable conjunto.—¿Dice Vd. que tiene de profundidad 250 pies?

Mayordomo—Sí, señor; así he oido decir á varias personas que han estado á visitar estos parajes. Cuantos ahí se han arrojado, segun cuentan, hace muchos años, ni en pedazos ha sido posible encontrarlos. Y luego cuando se lanza alguna piedra ú otra cosa al fondo, hace un ruido . . mire Vd. *(Coje una piedra y la hecha, en seguida se oye un ruido vago como el del viento.)* ¿Eh? – ¿Será esa la voz de la muerte?

Enrique—¡Qué supersticioso es Vd! Eso se esplica fácilmente. Ese ruido que se oye es causado por la repercucion del sonido que produce el choque contra las rocas ó árboles y la dilatacion de la atmósfera que por estar mucho mas baja de la que respiramos aquí arriba, es consiguientemente mas pesada, especialmente en las horas estremas del dia, cuando el sol ejerce menos influencia sobre los vapores condensados.

Mayordomo—Pues, señor mio, si Vd. quisiese convencer de eso á algunos vecinos del distrito, lo quemaban por brujo.

Enrique—Y yo los zurrearía á ellos por.....ignorantes. Mayordomo ¿quién vive por estos alrededores?

Mayordomo—Por ahora poca gente—En aquel pequeño pabellon, allá lejos, que Vd. vé, viven unas cuantas bailarinas.

Enrique—Por supuesto, francesas ó italianas.

Mayordomo—Hay de todo. Y por cierto que el dia entero se lo pasan levantando la pierna.

Enrique – ¿Qué son cojas esas benditas mujeres?

Mayordomo—No, señor; quiero decir que bailan. Usted

sabe que cuando se habla de baile se hace así *(levanta una pierna y despues la otra.)*

Enrique—Pues diga Vd. entonces que levantan las dos piernas *(ap.)* Exelente noticia para mi cuñadito Cárlos—Seguro estoy que el muy seductor ha de andar rondando á la fecha el Parnaso ése de las alegres Terpsícores *(suena la campanilla y sale el Mayordomo.)*



ESCENA 3.ª

ENRIQUE Y CÀRLOS

Cárlos—¿Qué tal, como te fué de caza?

Enrique—Bien,

Cárlos—Lo veo. ¿Te gusta el campo?

Enrique —Sí.

Cárlos —¿Y á Flora?

Enrique—Tambien ¿y á papá?

Cárlos—No mucho. ¿Sabes, Enrique, que he notado en él cierta tristeza desde muy poco despues de tu enlace con mi hermana? Me pone en cuidado su salud.

Enrique—Cárlos: esa tristeza debe haberse hecho comunicativa á todos nosotros, desde que me casé hace un año: Ay!

Cárlos—Está visto que la fortuna no es por si sola la que constituye la felicidad.

Enrique—¿Y quién puede meterse á cambiar el órden de las cosas humanas? Mírame y aprende de mí:—nada me conmueve ni agita. *(Ap.)* Por fuera.

Carlos—Todo está bien, Enrique; pero yo tengo necesidad de saber que es lo que tiene nuestro padre, que tan notable cambio ha sufrido en tan poco tiempo. *(Ap.)* ¡Qué misterio hay aqui! *(alto)* Enrique: Flora no es tampoco feliz contigo....

Enrique—¿Te lo ha dicho ella?

Cárlos—No.

Enrique—¿Y cómo la sabes?
Cárlos—Lo he adivinado.
Enrique—¿Y crees tú que yo soy feliz con ella?
Cárlos—No me lo has dicho.
Enrique—¿Para qué he de decírtelo, si tú todo lo adivinas? Cambiemos la hoja, señor Cagliostro.
Cárlos—Te fastidia....?
Enrique—No; me hace sentir. *(Suena un postigo de las ventanas de la casa situada á la izquierda—Enrique lanza un* ¡ay! *de sorpresa.)*
Cárlos—¿Qué te pasa?
Enrique—Nada—Mira; vé á ver á nuestro padre.
Cárlos—¿Le hablaré con toda franqueza?
Enrique—Háblale lo que sientas.
Cárlos—Un buen hijo no debe jamás engañar á su padre.
Enripue—Vé, pues, y si encuentras al mayordomo díle que venga. *(Se va Cárlos).*

ESCENA 4.ª

ENRIQUE SOLO

Enrique—Ya mi situacion y la de Flora á nadie se oculta. Parece que todo el mundo leyese en nuestro semblante lo que pasa en el propio corazon. Ah! Dios mio! Dios mio! *(pausa)* Madre mia: que sacrificio me impusiste! *(pausa) (con trasporte)* Busquemos de algun otro modo la felicidad.

ESCENA 5.ª

EL MAYORDOMO Y ENRIQUE

Mayordomo—Señor, á vuestras órdenes.
Enrique—Me dijo Vd. que esa señora misteriosa sale de tarde á pasearse bajo esta enramada?
Mayordomo—Si, señor.
Enrique—Bien; ¿quiere Vd. hacerme un servicio?

Mayordomo—Señor, con tal que no me comprometa...
Enrique—Tome Vd. *(le da un saquillo.)*
Mayordomo—*(Ap.)* Ya no hay compromiso.
Enrique—Coja este morral como está, lleno de perdices, y preséntelo Vd. á esa dama en nombre de un viajero; nada mas.
Mayordomo—¿Y si me pregunta su nombre de Vd?
Enrique—Le he dicho antes que no lo diga—De parte de un huésped que recien llega. Agregue que tendré mucho placer en visitarla. ¿Está Vd?
Mayordomo—Estoy.
Enrique—Entre tanto, voy á dar una vuelta y vengo. *(Sale.)*

ESCENA 6.ª

EL MAYORDOMO SOLO

Mayordomo—La dama no tardará mucho en salir. Pero, que audacia de hombre! Así no mas sin conocerla.....Estos paquetes de la capital son terribles.... ¡Que uñas! Ay! pobrecilla de la que cae en tales garras! *(pausa)*. Y mucho que le gustan las perdices á la señora...uff!...como que todas las noches me encarga.... Eh! ya que no sea por el cazador que se las envia, al menos las tomará por el mérito que hace de ellas. Pues..... y ademas me dará otro tanto; y vengan las propinas. *(al ir el Mayordomo, sale Clara de su casa)*.

ESCENA 7.ª

EL MAYORDOMO Y CLARA

Mayordomo—Señora, un caballero recien llegado me ha hecho el encargo de poner en sus manos este morral lleno de perdices.
Clara—¡Un caballero! ¿Su nombre?
Mayordomo—Lo iguoro; me parece estranjero?

Clara—*(Tomando el morral y poniéndolo sobre la mesa)* *(ap.)* Será posible....! será él!....sí, es la fecha....(~~saca una cartorita, lee~~) 13 de Setiembre *(alto)* ¿Dice vd. que es un estranjero?

Mayordomo—Tal parece, al menos.

Clara—Ah! si fuese Edmundo... Dios mío, Dios mio: gracias os serian dadas! *(pausa)* Habrá sido buen inglés; puutual como todos ellos. *(alto)* Pero, diga Vd., señor Bernardo; ¿dónde está ese ~~señor?~~ Caballero?

Mayordomo—Señora, quedó en volver.

Clara—¿Aquí?

Mayordomo—Aquí mismo; á su casa de usted.

Clara—*(Ap.)* Sí, entonces no puede ser sino Edmundo; mi esposo que viene á reconciliarse; á cumplir su promesa.—Sabrá que he cumplido mis juramentos, que he perseverado en la enmienda. ¡Qué dicha! ¡qué alegría para todos! Pobre Juan!....Y ya el reloj ~~aquel~~ dejará de marcar siempre aquella hora fatal de las 10.

Mayordomo—*(ap.)* Pero señor ¿qué ha pasado por esta mujer? ¿qué milagro han podido hacer en ella las táles perdices? *(pausa)* Hum! *(se queda pensativo.)*

Clara—Todavía no me puedo convencer; tan inmensa me parece la dicha que lo creo imposible *(alto)* Diga Vd., señor Bernardo ¿ha visto Vd. el pasaporte, su nombre, su edad, su estado?

Mayordomo—El nombre es asi medio arrebesado, medio inglés.

Clara—Sí; Williams ¿no es verdad?

Mayordomo—No; sí.... no....si, si por ahí.

Clara—¡Oh, cuánta felicidad!

Mayordomo—Es alto, buen mozo, como de 40 años. Pero ¿qué diablos?—Fíjese Vd.; ahí en la chapa de la cerradura del morral están las iniciales.

Clara—*(Con frenesí corre á ver.)* Sí, sí, sí; es él! aquí están las iniciales—E. W.—Edmundo Williams! Señor, Señor: la gloria es el premio del arrepen-

timiento y de la enmienda. (*Alto*) Mire Vd., señor Bernardo; voy á arreglarme; y si viene entre tanto, dígale Vd. que éntre ó que se aguarde....ó que....que haga lo que quiera, que le aguardaba con vehemencia. (*Sale llamando.*) Magdalena, Magdalena! mis vestidos mejores, mis....(*al pisar el marco de la puerta esclama.*) ¡Dios eterno, ya han concluido para mí los pesares!

ESCENA 8.ª

MAYORDOMO, SOLO

Mayordomo—Y qué les parece á Vds. la mosquita muerta esta—¿eh?—La recatadita, la monja? Si la mas santa de las mujeres es el diablo con polleras. (*Pausa.*) Y vaya un modo de conquistar corazones el del señor...de la escopeta. Aquí hay gato.... y gata....y vá á haber gatera.

ESCENA 9ª

ENRIQUE Y MAYORDOMO

Enrique—¿Qué tal?

Mayordomo—Perfectamente, señor, perfectamente.

Enrique—Recibió las perdices?

Mayordomo—Con delirio le gustaron. Las miró, las contempló....Observó el morral y lo ha reconocido á vd. por las iniciales. Me pidió sus señas, se las dí....

Enrique—¿Y....?

Mayordomo—Y se afirmó cada vez en que era vd.

Enrique—Pero ¿quién soy yo?

Mayordomo—La colmó de alegria—me dijo—que venga, que aguarde aquí, que éntre, que haga lo que quiera....que le espero!—Loca de júbilo y de deseos.

Enrique—Ya caigo, el corazon me lo dice, esa mujer

es, es....Clara! Clara, Clara mia....! (*va á dirijirse á la puerta de la casa, pero el Mayordomo lo detiene.*)

Mayordomo—No; aguarde vd.—me dijo que iba á arreglarse de ropa—quiere probablemente componerse. Vd. ya conoce lo que son las mugeres de presumidas cuando quieren parecer bien á un hombre.

Enrique—Calle, necio; váyase Vd. (*Ap.*) Mejor es entrar—aquellas ventanas de la casa donde está mi familia podrian.... Sí, voy. (*el Mayordomo sale.*)

ESCENA FINAL

(LOS PERSONAJES IRÁN APARECIENDO POR EL ÓRDEN QUE SIGAN LOS DIÁLOGOS)

(*En el momento de dirigirse Enrique á la puerta de la casa de Clara, aparece ella en la puerta,*)

Enrique—Clara! adorada de mi corazon!

Clara (atónita)—¡Díos mio!.....¡Qué significa esto! De que intriga tan horrible hé sido víctima! (*Enrique va á avanzar*) Deteneos, imprudente.

Enrique—Clara, soy yo ¿no me conoces? (*Milord Williams aparece embozado por detras de la verja y va adelantando lentamente hasta llegar al porton, cuando Enrique dice á Clara:* Clara, acudo á tu cita; tu misma me has llamado—aquí estoy, mírame á tus piés.

Milord (ap.)—Perjura, perfida!.......mil veces pérfida!....¡Venganza!

Clara—Levantaos insensato! idos ú os haré arrojar violentamente.

Milord (ap.)—La infiel me ha visto....¡y aun quiere justificarse! (*Clara avanza y se pone á la altura del pretil que se supone dar al precipicio*) Jamás!

Enrique—Clara, sin tí me es imposible la existencia! (*va hácia ella*)

Clara—Si adelantais un paso, me arrojo á ese precipicio.

Enrique—No; tu amor ó la muerte. (*corre á ella*)

Clara—¡Cruel fatalidad! Seguidme, ~~pues!~~ (*Clara y Enrique desaparecen por entre los bastidores de la izquierda*) (*Se siente el mismo ruido, como el del viento.*)

Enrique—(*Desde adentro.*) Horror! horror! (*Sale*).

(*Milord permanece impasible—Enrique vuelve á la escena demudado.*)

Enrique—(*Dirigiéndose á Milord*) Señor, Mrs. Clara Williams acaba de arrojarse al fondo de ese precipicio haciéndose pedazos.

Milord—Ha hecho bien; es preferible la muerte á la ignominia y á la deshonra.

Enrique—Miserable! (*Toma la escopeta.*) ¿Quièn sois vos que con esa indiferencia glacial contempla así tamaña calamidad? (*Milord Williams se baja el embozo y deja caer la capa.*)

Enrique—Ah! Milord Williams; su marido! (*le apunta.*)

Milord—Apuntad bien y no erreis.

Enrique—Dios mio. ..! y he de agregar á mi delito de seductor el de asesino! (*Sale corriendo por el frente, aparecen por la dereha don Ramon y Flora vestidos de oscuro*).

Milord—Sr. D. Ramon ....(*le da la mano*) Señora Flora....(*le da la otra mano*). La que fuė Mrs. Clara Williams acaba de arrojarse á la muerte. (*El teatro empieza á oscurecer.*)

D. Ramon—Ya lo sabemos! Desgraciada!

Flora—¡Infeliz! (*se siente una detonacion.*) Ah! qué cruel presentimiento! (*Pausa.*)

Mayordomo—Señores, el caballero don Enrique Wilson acaba de suicidarse en el primer tramo de la escalera del jardin. (*Las campanas tocan la oracion.*)

Milord—Estaba escrito! (*Saca el retoj.*) Las seis en punto.

Flora—Cielo santo, apiádate de mí (*cae de rodillas y saca el rosario que le dió Williams en el primer acto y don Ramon que cae tambien desfallecido en un banco le sostiene la cabeza en sus rodillas.*)

Milord—Los decretos de la Providencia son incontestables. (*Cárlos entra y avanza muy lentamente con el Mayordomo hasta colocarse á la altura del sitio por donde se arrojó Clara.*)

(*Empiezan los cánticos en el Monasterio.*)

Mayordomo—(*Señalando*) De aquí fué señor, de aquí.....

¡Desdichada!

Cárlos—~~Cuitada~~! Yo la amaba tambien (*llora*) y puse á prueba su redimida virtud! Infeliz de la mujer abandonada! (*Cae el telon pausadamente y todos permanecen en la misma actitud.*)

(Telon despacio)

Convendría acabar el drama Willia

FIN